



# VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

El águila

y la serpiente



**AJUNTAMENT DE VALÈNCIA**  
REGIDORIA DE PATRIMONI I RECURSOS CULTURALS

© De esta edición: Ajuntament de València.

Regidoria de Patrimoni i Recursos Culturals

© Del Estudio introductorio: Emilio Sales (Casa Museo  
Blasco Ibáñez)

ISBN: 978-84-9089-120-9

## Estudio introductorio

### La ingrata experiencia mexicana

Cuando Vicente Blasco Ibáñez se embarcó en octubre de 1919 con rumbo a los Estados Unidos, le ocurriría lo mismo que en otras ocasiones. Por razones dispares, su viaje se vio amplificado, y el novelista visitó también otros países. Esta vez, además de su exitoso periplo por diversos estados norteamericanos, volvería a embarcarse para saltar hasta México o realizar una breve parada en Cuba. En su desplazamiento a México, a la innata curiosidad de Blasco Ibáñez se sobrepondrían unas motivaciones que él mismo trató de explicar en el prólogo a *El militarismo mexicano*, pero que ha habido quien ha cuestionado, como se dirá de inmediato.

En un principio, el novelista justificaba su viaje en estos términos:

Yo fui Méjico con el propósito de estudiar de cerca este país tan interesante por su historia pasada y sus revueltas presentes. Estos estudios son para una novela que se titular *El águila y la serpiente*, novela que empezaré escribir muy pronto (p. 8)<sup>1</sup>.

Puesto que en el proceso creativo de Blasco era una práctica habitual la labor de documentación previa, no debería dudarse de sus intenciones. No obstante, habrá que traer a colación otras versiones que apuntan, por ejemplo, al hecho de que el escritor recalara en México respondiendo a la invitación que le había formulado el presidente de aquel país don Venustiano Carranza. O aquellas que insinúan la existencia de unos móviles más pragmáticos por parte de un personaje que, durante su estancia en los Estados Unidos, había entablado relaciones muy productivas como la que le vinculó al magnate W. Randolph Hearst.

Lo bien cierto es que a finales de abril de 1920, desembarcó del buque Morro Castle en el puerto de Tampico. Iba acompañado de Elena Ortúzar, la que pocos años después se convertiría en su segunda esposa. Aparte de las atenciones recibidas de las autoridades locales y miembros de la colonia española, al novelista le prestó una especial dedicación el cónsul estadounidense, quien actuaría como cicerone para trasladarle a los campos petrolíferos del norte de Veracruz y San Luis Potosí.

Poco después, Blasco Ibáñez tendría el mentado encuentro con el presidente mexicano. Igualmente tendría ocasión de entrevistarse con personajes como Obregón, que tuvo un notable protagonismo en los movimientos revolucionarios que azotaron el país. Era la consecuencia lógica de un itinerario jalonado de diversas paradas:

---

<sup>1</sup> Cito por la edición de Prometeo, Valencia, 1920.

De Méjico fueron varias las ciudades importantes que visité y en casi todas ellas pronuncié conferencias relacionadas con diversos temas, entre otras que recuerdo, están la ciudad de Méjico, Guadalajara, Puebla, Achuca, Saltillo, Tampico y Veracruz (*El Pueblo*, 17-VII-1920).

Un itinerario que dio lugar a percances que trascenderían de la mera anécdota para ser utilizados como argumento para justificar la visión negativa de México suministrada poco después por Blasco. Esto es, como le robaron su reloj durante la comida oficial que le ofreció el presidente Carranza en el Palacio Nacional, despertaría supuestamente en el escritor una inquina hacia los mexicanos. Explicación simplista en extremo.

Como iba a demostrar en diversos escritos, Blasco sintió un profundo malestar por las numerosas atrocidades que había visto. Según él, tras abandonar el país, mantenía su propósito de escribir enseguida una novela sobre México; sin embargo, se vio rebasado, a su pesar, por la insistencia con que la prensa norteamericana pretendía convencerle para que escribiera sobre un proceso revolucionario que se agravaba con el asesinato del mismo presidente Carranza:

De no ocurrir la reciente revolución, no habría publicado en los diarios de los Estados Unidos mis opiniones sobre Méjico [...] Pero hay que darse cuenta de la situación, para comprender cómo no pude resistirme las invitaciones de la prensa norteamericana.

La comunicación entre los Estados Unidos y Méjico estaba casi suspendida; circulaban por Nueva York las más disparatadas y contradictorias noticias; era indudable que el presidente Carranza había sido derribado del poder y andaba fugitivo por lugares desiertos... Y en estos momentos de incertidumbre, de mentiras sensacionales y de informaciones disparatadas, llegué yo a Nueva York.

Los noticieros de los periódicos se conmovieron ante esta feliz casualidad que les brindaba el destino.

— ¡Una revolución en Méjico, y Blasco Ibáñez que llega de allá, a tiempo para contarla!... (pp. 8-9).

Desde luego, lo que el afamado escritor presentaba como una «feliz casualidad» iba a reportarle suculentos dividendos. Al poco de regresar a los Estados Unidos, el diario *El Sol* (14-V-1920) ya se aludía al contrato firmado por Blasco con un periódico estadounidense: «El escritor español Sr. Blasco Ibáñez, que ha lletrado procedente de Méjico, ha firmado un contrato con la *Chicago Tribune*. Escribirá varios artículos sobre Méjico».

Y las palabras del novelista traslucían cierta complacencia al firmar un contrato «con los editores de algunos de los principales diarios de Nueva York, Chicago y otras grandes ciudades americanas»<sup>2</sup>, que le exigía una exclusividad en todo tipo de declaraciones públicas, a la vez que le garantizaba una difusión masiva de sus

---

<sup>2</sup> En realidad, Blasco había firmado un contrato con un sindicato periodístico, que publicaría sus artículos al unísono en varios diarios norteamericanos. Véase Jorge Hermida, «Baturrillo neoyorkino», *Cine-Mundial*, 5/8 (agosto 1920), pp. 702-703 [p. 702].

opiniones: «Estos artículos van a ser publicados inmediatamente que los vaya dando, y se transmitirán por telégrafo a distintos periódicos de los Estados Unidos que también los publicarán consecutivamente» (*El Pueblo*, 17-VII-1920).

Hasta «en 700 periódicos diarios a la vez», subrayaba *El Liberal* (14-XII-1920), se imprimieron unos artículos, posteriormente reunidos en *El militarismo mejicano*, que, en primera instancia Blasco se había resistido a escribir<sup>3</sup>. Ahora bien, al mismo tiempo que afianzaban su popularidad, la publicación de tales artículos podía tener también otros efectos dispares. Para empezar, como él mismo reconocía, dicha tarea le llevó a verter en la prensa unas impresiones que había recopilado para transformar en materia novelesca, con lo que atentaba contra su «virginidad». No obstante, para superar esta contrariedad, el artista confiaba en su fecunda memoria y en la diferente naturaleza del artículo periodístico y la obra de ficción:

Luego pensé que los artículos de periódico son muy distintos los capítulos de una novela, y por más que dijese en ellos, siempre quedaría mucho nuevo y completamente inédito para *El águila y la serpiente* (p. 11).

Aparte de mantener viva la posibilidad de concretar su proyecto literario, con el tono de denuncia que impuso el escritor a sus artículos, también creía estar prestando un servicio a los mexicanos que no se habían dejado arrastrar por el vendaval militarista que había puesto al país patas arriba. Pero no todos, en España y, sobre todo, en México, interpretaron su postura crítica en el mismo sentido. Por un lado, estaban quienes consideraban que Blasco había dimitido de sus ideas progresistas al mostrarse hostil a los revolucionarios. Entonces, desde las páginas de *La Época* (13-VII-1920), se intentaba justificar su posicionamiento en aras del sentido común:

Los hombres de buena fe, engañados o no, que llegan a apreciar de cerca las consecuencias de estas obras revolucionarias, que no tienen otro ideal que el de la destrucción, no pueden menos de horrorizarse y hasta de arrepentirse, poco o mucho, por propias propagandas pasadas.

Aun así, había muchos en quienes los ataques blasquistas al proceso revolucionario provocó una notable animadversión. No se le toleraba que hubiese establecido un paralelismo directo con el militarismo que la *Kultur* germana había difundido en las fechas previas al estallido de la Primera Guerra Mundial. Si Blasco juzgó como expresión de la barbarie el ejercicio del terror llevado a cabo por los generales mexicanos: «Impera allí un militarismo que considero el peor de todos: es el

---

<sup>3</sup> «Aunque retirado del periodismo, le fue forzoso publicar los artículos» (*Los Lunes de El Imparcial*, 12-IX-1920).

militarismo sin uniforme y de pistola, de generales que no saben leer ni escribir...» (*El Pueblo*, 15-V-1921), hubo quien le acusó de complicidad interesada con los yanquis.

El diario *La Acción* del día (20-VI-1921) se hacía eco de un artículo publicado en *La Libertad*, cuyo autor, que firmó con el seudónimo de Félix de Haro, manifestaba un sonoro menosprecio por las cruzadas americanas de Blasco, ubicándolas en un contexto muy preciso. Félix de Haro significaba la existencia de un proyecto norteamericano que intentaba extender su hegemonía económica y política, a través de elementos españoles que tuvieran fácil acceso a los países hispanoamericanos y llevaran a cabo una labor tendente a su absorción.

¿Sería acaso Blasco Ibáñez una personalidad que actuaba al servicio de los intereses estadounidenses? En tal dirección apuntaban los juicios de Luis Araquistain, para quien las opiniones emitidas por Blasco en sus artículos estaban mediatizadas por unos intereses fácticos, para cuyo logro se había puesto en marcha un engranaje propagandístico:

Pero sus impresiones sobre Méjico, frívolas, incomprensivas del fondo dramático del país, del profundo proceso histórico en que este pueblo de nuestra lengua lucha tan rudamente por la busca de su libertad, contra enemigos interiores y exteriores, sin un dato ni una reflexión sobre el problema capital: la riqueza del petróleo<sup>4</sup>.

Si bien es cierto que el novelista valenciano podía encajar en una coyuntura específica: la que lo vinculaba con el *trust* periodístico del multimillonario Hearst y, como se ha dicho más arriba, con los intereses petrolíferos norteamericanos en el país vecino, pretender transformarle simplemente en el hombre que escribe al dictado de otros, es una posibilidad que contradice su capacidad para ser fiel a sus propias ideas. Quizá en sus artículos hubo errores de interpretación o también exageraciones, pero Blasco tomaba como punto de partida las evidencias registradas con sus ojos. Y en especial, en atención a su credo republicano, no podía aceptar que los destinos de cualquier nación estuviesen en mano de militares. Es lo que le confesó a Gascó Contell, en una carta redactada el 14 de agosto de 1925:

Yo deseo para Méjico un gobierno de hombres civiles y que termine para siempre el caudillaje militarista. Esta opinión la hago general a todas las repúblicas de América. Hay repúblicas adonde no iría nunca, pues tengo la certeza de que escribiría sobre ellas igual o peor que sobre el Méjico de los caudillos<sup>5</sup>.

Desde luego, tras su regreso a Europa, Blasco pudo experimentar la sensación agridulce de su periplo americano. Había sido acosado por la prensa yanqui, aclamado en las conferencias que impartió aquí y allá, hasta las productoras cinematográficas más

<sup>4</sup> *El peligro yanqui*, Madrid, Publicaciones España, 1921, p.170.

<sup>5</sup> Vicente Blasco Ibáñez, *Cartas a Emilio Gascó Contell*, València, Ajuntament, 2012, pp. 119-120.

importantes de los Estados Unidos le ofrecieron la oportunidad de llevar varias de sus novelas a la gran pantalla. En cambio, sus artículos sobre México propiciaron la polémica: «se ha armado un zipizape de esos que deben agradar al autor español, porque sale de uno y entra en otro». Entre sus airados detractores fluía el reproche de estar haciéndole el caldo gordo al intervencionismo norteamericano; si bien también contaba con apoyos entusiastas<sup>6</sup>. En todo caso, la controversia y las críticas recibidas acabarían redefiniendo su proyecto de escribir la novela *El águila y la serpiente*.

### Un relato inconcluso

Entre los fondos bibliográficos que atesora la biblioteca del MuVIM, figura el texto mecanografiado *El águila y la serpiente*. Está compuesto por 84 folios llenos de tachaduras y correcciones realizadas por el propio Blasco Ibáñez, detalle este último que informa sobre el modo de trabajar del novelista por aquellas fechas<sup>7</sup>. Esto es, como consecuencia de la diabetes que padecía el escritor desde la primera década del XX, se fueron agravando sus problemas oculares, por lo que le fue necesario recurrir a un secretario al que iba dictando unas historias que, más tarde, revisaba y corregía antes de enviarlas a imprenta.

El original en cuestión se detiene en el final del capítulo cuarto, y pese a certificar el hecho de que su autor abandonó la redacción de la obra, como él le confiaba a Gascó Contell: «dijeron tantas necedades algunos mejicanos en contra mía, que a guisa de venganza decidí no terminar la novela», pese a corroborar el carácter inconcluso de la ficción, decimos, deja en el aire diversas cuestiones. A saber.

Según indicaba Blasco al rematar el prólogo que encabezaría *El militarismo mejicano*, y que está datado, en París, en julio de 1920, era inminente el inicio de la redacción de *El águila y la serpiente*, novela, recordémoslo, donde daría una visión del México conocido in situ «completa, detallada y justificada». Muy posiblemente, este relato iba a seguir de cerca el modelo compositivo desarrollado, por ejemplo, en *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. De nuevo, unos acontecimientos bélicos recientes y

---

<sup>6</sup> Véase, en este sentido, José Albuérne, «Carta abierta al director de *Cine-Mundial*», *Cine-Mundial*, 5/9 (septiembre de 1920), pp. 782 y 821.

<sup>7</sup> Como se dirá a continuación, el proceso de redacción de la novela se sitúa en el año 1920. Un simple cotejo de la tipografía de estas hojas mecanografiadas nos indica que se utilizó la misma máquina de escribir empleada en la elaboración del escenario cinematográfico *Don Quijote*, uno de los proyectos que el novelista valenciano no pudo ver materializado, pese a sus excelentes relaciones con las principales productoras de cine de los Estados Unidos. Sobre este particular, se remite al apartado introductorio «La lectura cervantina de Blasco Ibáñez», de la edición Vicente Blasco Ibáñez, *Don Quijote (guion cinematográfico)*, Valencia, Biblioteca Nueva/Ajuntament de València, 2015.

verificables formarían el esqueleto básico sobre el que se integraría la peripecia ficcional brotada de la imaginación del autor.

- 42 -

deshaciéndola en poco tiempo.

Un clamor trágico de plañideras se elevó entre los árboles de un bosque cercano. Las "galletas" salieron <sup>desesperadas</sup> al encuentro de sus hombres que retrocedían. Eran pocos los que <sup>se mantenían</sup> ~~se mantenían~~ incólumes y <sup>podían detenerse</sup> ~~se detenían~~ serenamente en su retirada para disparar ~~el~~ rifle contra el enemigo vencedor. Los más de ellos <sup>volvían</sup> ~~estaban~~ rojos de sangre y caminaban tambaleándose. Faltaban muchos que habían quedado <sup>inermes</sup> ~~inermes~~ junto al foso. <sup>caídos</sup>

La Malinche levantó los brazos <sup>dejos</sup> ~~en alto~~ al reconocer a Hernando. Parecía otro hombre. Estaba pálido, con una palidez amarillenta de cirio; tenía los ojos desmesuradamente abiertos, caminaba como si estuviese ebrio. <sup>de la tierra</sup> ~~En~~ frente ~~estaba~~ mancha de sangre; <sup>suas</sup> ~~las~~ manos parecían enfundadas en guantes rojos; una banda escarlata y brillante le salía <sup>de un</sup> ~~del~~ costado, renovándose incesantemente a lo largo de <sup>la</sup> ~~una~~ pierna.

- No es nada - dijo ~~si veía~~, intentando una sonrisa que fué una mueca - ; No es nada ; .....

Inmediatamente se doblaron sus rodillas y ella tuvo que sostenerlo <sup>se tendiera</sup> ~~para que no~~ quedase tendido en el polvo.

Quedó sentada <sup>en tranco, manteniéndolo</sup> ~~en el suelo, teniendo~~ al herido sobre sus rodillas, como había visto a la Virgen en los altares, con su hijo muerto en el regazo.

- Hernando .....vida mía.....; no te mueras!

Le hablaba como si pudiese oírlo, <sup>volvía a abrir</sup> ~~deseando que~~ abriera los ojos, asustada por su respiración trabajosa, igual a la de un agonizante.

¡ Ay ! <sup>¿esto</sup> ~~esto~~ era la guerra ? ..... ; <sup>ella</sup> ~~ella~~ que hasta entonces la había considerado como una alegre aventura juvenil ! .....

Ninguna de las " soldaderas " se fijaba en ella ni <sup>la Malinche</sup> ~~en~~ el jefe moribundo. Todas atendían a su hombre herido, o se arrastraban entre los cadáveres y los tirado-

En julio de 1920 Blasco ya disponía de los mimbres adecuados, el estudio de ambientes, para proceder a una tarea, que, además, iba a reportarle unos buenos royalties. En el citado número de 14 de diciembre de *El Liberal*, declaraba haber vendido los derechos de publicación en folletín de la novela a un magazine estadounidense por 35.000 dólares, mientras que en la carta dirigida a Gascó Contell, en agosto de 1925, señalaba que los hipotéticos ingresos podrían ascender a la nada desdeñable cifra de cien mil dólares: unos cuarenta mil por la publicación en primicia de la novela en diversas revistas americanas, a los que habría que añadir la aparición de la historia en un volumen y los derechos que le había comprado «una gran casa cinematográfica» para convertirla en un film.

Indudablemente, era una aventura muy prometedora. Una empresa para la que Blasco se había fijado unos plazos: «he llegado a calcular que estará terminada para mediados de diciembre de este año, época para la cual también creo regresaré a ese país» (*El Pueblo*, 17-VII-1920). Sin embargo, su doble intención no parece haberse visto cumplida. No regresó a México, pero sobre todo en declaraciones a *El Liberal* (14-XII-1920) remarcaba no haber escrito todavía «ni una sola cuartilla» de su novela.

Solo cinco meses después, la prensa valenciana volvía sobre el tema. Blasco, al ser interrogado sobre sus impresiones sobre México, no solo reafirmaba su opinión negativa, sino que añadía un dato sorprendente, que no publicaría la novela «que hace ya tiempo está concluida» (*El Pueblo*, 11-V-1921). ¿Realmente había terminado su redacción? ¿Hasta dónde se remontaba ese “hace tiempo”?

Cuatro años más tarde, la correspondencia privada del escritor desvelaría que no había contado toda la verdad a la prensa. En la epístola referida anteriormente a Gascó Contell, Blasco concretaba que empezó a escribir *El águila y la serpiente* en Niza, «y la tengo casi terminada, pues solo me faltan ~~algunos~~ [tres] capítulos». El novelista corrigió de su puño y letra el indefinido «algunos» para reemplazarlo por el cardinal «tres». ¿También esta vez le fallaba la memoria? Porque si sumamos estos tres capítulos a los cuatro que contiene el original conservado, la extensión teórica de la novela sería de siete capítulos. Y esa cifra no es la que Blasco solía manejar en sus obras, en las que una gran mayoría contienen diez capítulos.

Sea como fuere, a la muerte del escritor, Gascó Contell vino a reincidir en la misma versión que le había transmitido su admirado maestro: «Está casi terminada, pues su autor dejó de redactar tan solo los tres capítulos finales de dicha novela. [...] Conozco, merced a la gentileza del ilustre novelista, esta obra inconclusa» (*La Gaceta Literaria*, 15-II-1930). Una obra que quedó sin terminar porque su artífice había perdido el entusiasmo que le suscitó antaño el proyecto, aunque no podrá decirse que Blasco recorriera en balde el camino iniciado.

En el mes de febrero de 1921, se publicaba en el folletín de *El Liberal* el cuento «El automóvil del general»; y ese mismo año dicho relato apareció incorporado en el libro de cuentos *El préstamo de la difunta* junto a este otro de «La sublevación de Martínez». Curiosamente, ambas historias proponen un acercamiento crítico e irónico a los desmanes de la sacudida revolucionaria y fueron redactadas casi al mismo tiempo que *El águila y la serpiente*. Pero no solo eso. Entre los tres títulos existen analogías puntuales, e incluso literales, a la hora de recrear situaciones o describir con sintéticas

pinceladas los atributos de los principales cabecillas revolucionarios. En concreto, el trasvase de contenidos es más perceptible en «La sublevación de Martínez», allí donde volvemos a encontrarnos con los rápidos movimientos de los yaquis, indios montañeses que acompañaban a las tropas rebeldes; volvemos a familiarizarnos con las singularidades de las soldaderas; se reiteran las voladuras de trenes y los saqueos indiscriminados, especialmente los robos de coches y joyas que ostentarán las mujeres de los protagonistas del relato respectivo. Más difuminada es la presencia de los coletazos de la novela inconclusa en «El automóvil del general». No obstante, también se perciben en la descripción de las escaramuzas y el énfasis en aspectos muy concretos como el papel ornamental de la artillería en las refriegas bélicas.

A buen seguro los contagios señalados pudieron obedecer al simple hecho de que en la memoria del escritor permanecían frescas determinadas imágenes. Ahora bien, no cabe descartar tampoco la hipótesis de que, una vez descartada la terminación de la novela, Blasco reaprovechó instancias previas que pudieran encajar en nuevos relatos<sup>8</sup>, pues al fin y al cabo tales materiales tenían un valor documental que facilitaba su trasvase intertextual.

### **Entre la ficción y el reportaje**

A partir de los cuatro capítulos de que consta el original de *El águila y la serpiente*, resulta muy difícil adivinar cuál era el camino por el que Blasco Ibáñez haría discurrir su relato. En principio, él prometía una historia muy grata para el “verdadero” pueblo mexicano. Pero desconocemos dónde podía residir el atractivo de su argumento. Por lo que puede encontrarse el lector, existe una cierta descompensación entre lo puramente ficcional y el componente histórico-noticiero. Dicho de otro modo, la peripecia del joven matrimonio protagonista más parece la excusa para hilvanar un reportaje sobre diversos momentos del proceso revolucionario, a través de los que carga las tintas contra el comportamiento de los distintos cabecillas sublevados.

En cierto sentido, la directriz maniquea se impone a los episodios mediante los cuales se suscita una auténtica tensión dramática. Si acaso la intervención de Hernando Medina y su esposa Guadalupe en la jornada de Matamoros es el lance donde el relato

---

<sup>8</sup> J. L. Alborg, en su *Historia de la literatura española*, ya advertía de esta posibilidad, en la que Paul Smith coincide: «Alborg's intuition that they [los dos cuentos] were originally written to be part of *El águila y la serpiente* is fundamentally correct. More precisely, after Blasco decided to stop writing the novel, he probably rewrote and expanded them to stand alone as long short stories» («Blasco Ibáñez, Mexico and the Mexican Revolution», *Revista de Estudios sobre Blasco Ibáñez*, 2 (2013), pp. 175-195 [p. 189])

adquiere una fuerza similar a la que poseyeron otras obras precedentes salidas de la pluma de Blasco, pongamos por caso *Sónnica la Cortesana* y *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Aun así, da la impresión de que el escritor no pueda desprenderse de su papel como cronista de una realidad que le impactó e irritó sumamente.

Por eso, en contraste con las actitudes nobles de Hernando, Guadalupe y del indio Lima, la aparición en la novela de figuras como Villa, Zapata u Obregón da pie de inmediato a la acumulación de sintagmas y adjetivos condenatorios. Así recurrirá el narrador a términos como «macheteros, bandidos, déspotas falsamente revolucionarios, salvajes...». La percepción negativa de unos movimientos donde la violencia se torna, en ocasiones, tan cruenta como gratuita, favorece no solo la generalización, sino el manejo de una serie de motivos que se tornan recurrentes después de la lectura de los artículos de *El militarismo mejicano* y los cuentos «El automóvil del general» y «La sublevación de Martínez». Entonces se entremezclan ideas como la pobrísima formación intelectual de los guerrilleros, la tendencia de los generales a exhibirse con el distintivo del águila dorada en la solapa, su deseo de emparentar con Napoleón Bonaparte y, sobre todo, la carencia de sinceras convicciones ideológicas a la hora de empuñar las armas.

Al decir del narrador, el torbellino revolucionario no respondía en el fondo a un deseo de regeneración nacional. Por el contrario, los generales solo se preocupaban por vivir en su vagón-salón y disponer de una plancha grabada para emitir papel moneda. El interés propio y lo instintivo no conocían límites y desembocaban, lógicamente, en un sínfin de robos, fusilamientos y abusos de la más distinta índole. Todo un panorama aciago en el que también pudo tener su influjo la herencia biológica, la impronta racial de los ancestros aztecas. Desde el posicionamiento occidental de Blasco Ibáñez, el militarismo mexicano fue en parte consecuencia de atavismos biológico-raciales. De ahí que no sea casual que el protagonista del relato fuera nieto de españoles.

Hay que significar que, desde su viaje a Argentina como conferenciante, en 1909, Blasco Ibáñez puso el acento en su profundo españolismo y en su intención de destacar el papel civilizador de su país en el Nuevo Mundo. Con ello, en varias de las novelas posteriores a esa fecha aparecieron algunos personajes que hacían gala de sus orígenes españoles, pese haberse forjado una nueva existencia en cualquier país hispanoamericano. Hernando Medina era una de estas figuras: nieto de españoles y educado en la península, antes de establecerse definitivamente en México.

La evocación de los tiempos coloniales derivó en un tópico usado por Blasco Ibáñez, al igual que en sus novelas posteriores a la aventura argentina fue imponiéndose una tendencia a establecer paralelos entre sus protagonistas y otras celebridades literarias o históricas. Más aún, Blasco elegiría referentes literarios clásicos como espejo sobre el que elaborar sus propias ficciones y que, además, le permitían apropiarse de una onomástica novelesca. Ello ocurrió, por ejemplo, con la filiación homérica de *Mare Nostrum (La Odisea)* y *La tierra de todos (La Ilíada)* o caballeresca de *La reina Calafia (Sergas de Esplandián)*.

Sin renunciar a tomarle el pulso a la realidad inmediata, como bien demuestra *El águila y la serpiente*, el novelista valenciano mostró un interés cada vez mayor por lo histórico y su emulación. Muchos de sus personajes quisieron ser o parecerse a... Así iba a ser en su novela sobre México. Su protagonista había sido bautizado por su padre con un «nombre de conquistador que evocaba la figura de Cortés». Y ya puestos a hacer una incursión en los territorios de un pasado casi mítico, junto a la figura del conquistador extremeño no podrá faltar el recuerdo de Malinche. Posiblemente, en la imaginación del novelista el planteamiento de tales correspondencias no solo era una muestra de su fascinación por lo histórico, sino también un ejercicio para analizar su mundo, en contraste con el pasado, y, quizá, buscar una huida ficticia a una realidad idealizada por la distancia.

### **La edición**

Reproducimos el texto mecanografiado de *El águila y la serpiente*, propiedad del MuVIM, cuya autorización agradecemos cordialmente. Se han incorporado directamente las correcciones que señala el autor en el original para facilitar la lectura fluida de esta pieza inconclusa. Asimismo, se ha procedido a regularizar la acentuación del texto de acuerdo con las normas vigentes de la RAE.

E. S.

# *El águila y la serpiente*

Dos horas después de haber pasado el puente internacional, Hernando Medina habló ya a su compañera de viaje, como si la conociese muchos años.

Mientras tomaba su desayuno en el hotel de Laredo (última estación de los Estados Unidos), se había fijado en esta joven de ojos dulces y ademanes enérgicos que se movía y hablaba con cierta seguridad varonil.

—Una yanki que va a visitar mi tierra —se dijo Medina.

Luego la volvió a encontrar al otro lado de la frontera, en Nuevo Laredo, donde el tren de México, acostumbrado a toda clase de ataques y retrasos, esperaba sin impaciencia a que los aduaneros terminasen el registro de los equipajes. Tres de estos funcionarios cobrizos, de luengos bigotes y enormes sombreros, llamados «de petate», iban detrás de ella, sin ayudarla a abrir sus cofres y maletas.

Los otros la miraban desde lejos con la misma falta de cordialidad. Era el enemigo. Cuando se presentaban a la vez muchos nativos de la república vecina, el odio patriótico parecía ser menos intenso al repartirse. Ahora la única extranjera era esta mujer.

Medina vio cómo protestaba, haciendo frente a sus seguidores que no parecían fatigarse de hundir sus manos en las ropas femeniles y los papeles. Le causó cierto asombro la facilidad con que ella hablaba en español.

Sintió deseos de intervenir para que dejasen de molestarla. Debía ser alguna pobre modista establecida en la ciudad de México que regresaba con las últimas modas del año. Pero alguien le distrajo de este propósito caballeresco, un antiguo compañero de armas, uno de los varios miles que conocían su nombre y hasta algunas veces le tuteaban, sin despertar en su memoria más que un recuerdo pálido.

[2] —Querido Medina, ¡tanto tiempo sin verle!... ¿Vuelve usted de Nueva York?

Luego, al instalarse en el único vagón Pulmann, vio que la joven norteamericana era su compañera de viaje hasta México, ocupando un diván enfrente del suyo.

Iban a vivir juntos cerca de dos días. El mexicano sorprendió las miradas inquietas que dirigía ella a su asiento y luego a la parte alta del vagón, donde los empleados guardan lo necesario para armar las camas cuando llega la noche. Adivinó el motivo de su inquietud. La cama de abajo le pertenecía a él y la extranjera se vería

obligada a trepar por una escala portátil hasta la cama superior, desnudándose encorvada entre el colchón y el techo, detrás de una cortina verde.

Inmediatamente ofreció a la joven un cambio de camas. No podía tolerar que una mujer sufriese esta incomodidad durante dos noches, mientras él dormía abajo egoístamente. Al fin ella aceptó, insistiendo en sus explicaciones.

—Para conseguir esa cama alta he tenido que esperar muchos días. Todos los sitios estaban tomados con gran anticipación. Nadie sabe con certeza si podrá hacer el viaje. A lo mejor asaltan el tren o lo vuelan con dinamita. Otras veces los insurrectos se apoderan de una estación y queda el servicio interrumpido... En fin, lo importante es llegar, sea como sea.

Después de esto siguieron conversando los dos con una confianza naciente. Pero de pronto ella suspendió su contemplación del paisaje para fijar la mirada en su interlocutor.

—¿Qué es eso?... ¿El distintivo de algún club?...

Y señaló cierta pequeña placa de esmalte que adornaba una de las solapas de Medina. Desde mucho antes (tal vez desde que él entró en el vagón), su curiosidad se sentía atormentada por este adorno.

—Es una insignia militar —dijo Medina—. Soy militar mexicano.

La joven comprendió ahora las miradas de algunos compañeros de viaje y amabilidad con que atendían a Medina los empleados del tren.

—Me la he puesto al atravesar la frontera —prosiguió él, con un tono que [3] casi era de excusa—. En estos tiempos no sabe uno lo que puede ocurrir antes de llegar a México.

Como si no le hubiese oído, continuó la americana sus preguntas que mostraban una curiosidad casi profesional.

—¿Cuántos años tiene usted?

Hernando sonrió, dando a sus palabras un sabor irónico.

—Veintiocho, señorita; pero le advierto que a los veintitrés ya era general. Aquí ascendemos muy jóvenes, como Hoche, como Bonaparte. Somos los generales de una revolución lo mismo que lo fueron los otros.

La americana imitó la sonrisa de su compañero al oír esta paradójica semejanza entre los caudillos mexicanos y los de la Revolución francesa.

—Me alegro de viajar con un general —dijo ella—. Así me considero más segura si los insurrectos asaltan el tren o si nos secuestra Pancho Villa.

—Conozco a Villa. En otro tiempo hice la guerra a su lado durante unos meses. Pero creo que, si cayese ahora en su poder, no se acordaría de nuestra antigua amistad.

—¡Ay! Hábleme de Villa. Cuénteme cosas de él.

Y al decir esto la americana abrió con un movimiento instintivo su bolso de mano, sacando a la vez un pequeño cuaderno, un lápiz y el manajo de llaves de su equipaje.

Pero el general miró en torno con inquietud. Se había hecho de pronto cierto silencio en el vagón. Los viajeros conversaban ahora en voz baja y con largas pausas para poder oír. Se adivinaba el disimulo y la curiosidad en todos los rostros, a pesar de sus esfuerzos por mantenerse impasibles. Los ojos miraban a todos lados menos al lugar que ocupaba Medina.

Este se excusó. Tiempo quedaba para contar los hechos de su vida de guerra antes de que llegasen al término del viaje. Sentía la prudente reserva de todo el que vive en un país en revolución y no sabe por quién es escuchado.

[4] Y para desviar la curiosidad de su interlocutora empezó a hablar de él mismo.

Había pasado once meses lejos de su tierra. Volvía de París. La muerte de su padre, ocurrida dos años antes en Francia, le había obligado a realizar este viaje para recoger los restos de una fortuna considerablemente mermada por la revolución.

—Mi familia encierra toda la historia de México en los últimos sesenta años. Mis abuelos paternos fueron conservadores, católicos y monárquicos. Mi abuela que aún vive, se mantiene con la imaginación en los tiempos del emperador Maximiliano y recibe a las pocas gentes que se acuerdan de ella ostentando sobre el pecho su insignia de dama de la emperatriz Carlota... Mi padre fue anticlerical, partidario del progreso del país y de la dictadura de Porfirio Díaz.

—¿Y usted por qué es revolucionario? —preguntó la americana.

—Hice como la mayoría de los jóvenes de mi generación. Estábamos cansados de un despotismo que favoreció nuestro desarrollo material pero mantuvo aletargada nuestra vida como pueblo. Además, hay que decirlo todo: nos sentíamos avergonzados de treinta años interminables de paz. Nuestros padres y abuelos hablaban de revoluciones, de batallas, de matanzas como sucesos diarios de su existencia anterior. ¡Y nosotros nada!... ¿Íbamos a vegetar sin conocer nunca tan interesantes aventuras? Por eso cuando Madero se alzó al fin contra Díaz y ocurrieron las demás revoluciones,

todos nos lanzamos al campo para hacer la guerra, contentos de no ser menos que nuestros antecesores.

La americana rio de esta franqueza, pero el joven, como arrepentido de sus palabras, se apresuró a añadir:

—Tal vez hemos luchado por un motivo más alto y yo me equivocó. También podría ocurrir que las ideas sublimes, por las que hemos dado nuestra sangre, no sean más que palabras sonoras, como creen muchos, y en el fondo no hayamos hecho otra cosa que movernos al impulso de una fatalidad nacional. Cuando usted esté en México conocerá a mi tío materno el licenciado Pacheco, un señor de carácter rarísimo que se entretiene en la fabricación de paradojas. Según él dice, el estado natural del mexica[5]no es la guerra. Y si gozamos de tarde en tarde algunos años de paz, es solamente porque la nación está cansada y toma aliento, para continuar con nuevo vigor sus peleas.

De nuevo pareció arrepentirse Medina de sus palabras y quiso torcer el curso de la conversación.

—Y usted, señorita, ¿cómo se llama? ¿Va a México por primera vez?... Perdóneme mi curiosidad; pero vamos a hacer juntos un larguísimo viaje y es conveniente que nos preguntemos el uno al otro.

—Me llaman Helen Craven y vivo en Nueva York. Mi padre es sacerdote en Buffalo; mis hermanos (somos doce) andan esparcidos en diversos lugares de la tierra. Uno está en México. Yo gano mi vida con la pluma, pero también he hecho otros oficios. Ahora soy periodista.

Y describió en pocas palabras sus angustias y sus actividades profesionales. No pertenecía a ningún diario fijamente. A las mujeres les es difícil mantenerse sólidamente en una redacción. Vivía como un francotirador del periodismo, marchando suelta, según su propia dirección. Cuando conseguía una noticia medianamente sensacional o una entrevista con un personaje de fama reciente, corría al teléfono para ofrecer su mercancía a dos docenas de grandes diarios, aceptando la mejor oferta. Durante la guerra europea había vivido en Francia. Antes de que los Estados Unidos entrasen en la lucha, era enfermera en una ambulancia americana. Luego se había incorporado a las tropas expedicionarias de la Unión, como corresponsal de un diario de Boston.

—Hace un mes, el representante de un sindicato en el que figuran unos cuatrocientos diarios del Oeste, me llamó para proponerme un viaje a México. Quieren

conocer la verdad sobre este país. Ya sabe usted que no hay naciones que se ignoren tanto como las que son vecinas... Pensaron en mí porque hablo un poco el español.

—Lo habla usted como yo. A no ser por su aspecto, nadie la creería de los Estados Unidos. Me fijé en usted apenas la oí hablar en la aduana.

[6] —Mamá era española —continuó Helen—. Nació en Sevilla. ¿Conoce usted Sevilla? Yo he estado allá unos días, después de la guerra.

Y contó la historia de sus padres. En 1869 el reverendo Craven, joven pastor animado de un espíritu heroico para la difusión del Evangelio, había creído conveniente embarcarse con rumbo a España. El país acababa de destronar a los Borbones, proclamando la libertad religiosa. ¡Qué noble empresa implantar la iglesia reformada en la antigua tierra de la Inquisición!... Pero el pastor tuvo que luchar con la indiferencia general, más temible que el fanatismo. El español, como todos los hombres del Mediterráneo, no cambia de religión. Cuando pierde la fe en la suya es para mantenerse igualmente alejado de todas las otras, en una tranquila irreligiosidad. Craven se vio protegido por los revolucionarios como una compensación a los ataques que le dirigía el clero nacional. Pero ni uno solo de ellos quiso escuchar sus predicaciones.

A duras penas pudo reunir en Sevilla dos docenas de neófitos y en este reducido grupo figuraba una jovencita que luego acabó por ser su esposa. La andaluza, melancólica, se casó realmente enamorada de la grave hermosura del pastor y de su elocuencia conmovedora, a pesar de que el evangelista pronunciaba mal sus sermones en un español algo grotesco.

La timidez de la señora Craven pareció aumentarse cuando, siguiendo a su marido, se trasladó a América, viendo de cerca los progresos vertiginosos y las abrumadoras grandezas de los Estados Unidos. Su misión en la tierra fue guardar silencio, admirar a su esposo y producir hijos. Los dos primeros nacieron en España y vivían ahora en Nueva York. Eran de los que se agitaban por la mañana en Wall Street y las calles inmediatas, hablando de negocios en los lugares más diversos del planeta. Los otros habían ido naciendo en distintas ciudades de la gran república, hasta que el pastor se fijó en Buffalo, lugar donde vino al mundo Helen, la última de la familia.

A su madre la recordaba como una figura suave y pálida, semejante a las que se van esfumando lentamente en el fondo de los cuadros antiguos. Su abuela esta[7]ba más viva en su memoria; una viejecita de piel oscura y con ojos que parecían puntiagudos por la viveza de sus pupilas y un pelo maravillosamente negro.

—Yo creo, general,...

—General, no —protestó el mexicano sonriendo—; llámeme simplemente Medina.

—Yo creo, señor Medina, que mi abuela era gitana. Creó también que se murió sin tener la menor idea del país en que transcurrieron sus últimos años. No sentía la menor curiosidad. ¡A ella, en sacándola de Andalucía,...!

Cuando las grandes nevadas que cubren las orillas de los lagos norteamericanos tendían en torno de la casa del pastor un interminable sudario, la vieja abría su ventana como si fuese a lanzar una maldición. «¡Ay Sevilla de mi arma! —gemía lo mismo que si entonase un treno profético— ¡Ay mi Triana!... ¿Cuándo me veré lejos de esta tierra mardita?» Lo único que encontraba gracioso era la profesión de su yerno. «¡Yo, suegra de un capellán!»... Y esto la hacía reír, mostrando el marfil de su dentadura milagrosamente entera.

Su religiosidad dejaba pensativa a Helen siempre que rememoraba el pasado. La había visto muchas veces pasando las cuentas de su rosario mientras fumaba algún cigarro, obsequio de los nietos mayores. Hablaba a los pequeños de la Virgen Macarena y del Cristo de Triana, las dos imágenes más milagrosas del mundo. Pero a continuación pasaba las horas haciendo combinaciones mágicas con la baraja o fabricando figurillas de cera y trapos en las que iba clavando alfileres.

Los intermedios entre la devoción y la brujería los llenaba canturreando canciones de su juventud y repiqueteando unas castañuelas. Este ruido de crócalos sonaba a casi todas las horas en la casa del pastor, haciendo levantar la cabeza a los transeúntes. Algunas veces saltaba en medio de la habitación como un muelle que se dispara para empezar a bailar, murmurando palabras ininteligibles hasta que sus setenta y pico de años salían de la embriaguez [8] danzante para exigir descanso.

—Yo, señor Medina, me resiento de estos orígenes. No soy verdaderamente una yanqui. Hay en mí dos mujeres: la hija del pastor y la nieta de la gitana. Afortunadamente me vigilo y procuro que la primera domine a la otra... Pero no siempre vence. ¡Ay las castañuelas de mi abuela la española!... De tarde en tarde empiezan a repiquetear en mi cabeza de un modo loco, y entonces..., entonces me doy miedo a mí misma.

Creyó ver en Medina una sonrisa maliciosa y se apresuró a cambiar el tono de su relato.

—Mi padre es un santo. No conozco alma tan noble y recta como la suya. He estado en Buffalo antes de venir a México. Quería verle por si era la última vez. ¡Cuentan cosas tan terribles de esta tierra!... Al saber que voy a escribir sobre México

empezó a sermonearme. «Di la verdad, toda la verdad, aunque sea contra nosotros. La verdad está por encima de los intereses de los hombres y de las patrias. Los hombres, salvajes o civilizados, todos son hijos de Dios.» Y salí de mi visita al viejo resuelta a decir la verdad, aunque el sindicato se enoje conmigo y no me pague.

—Hará usted bien —dijo Hernando, mirándola con nuevo interés.

Se hizo un largo silencio como si luego de conocerse mutuamente necesitase cada uno reflexionar sobre la vida del otro.

Pero la joven sintió atraída su curiosidad por un paisaje totalmente nuevo, saliendo pronto de su abstracción. Una nube terrosa seguía al tren en su marcha. Esta bruma seca se filtraba por los cristales depositando una capa oscura sobre personas y cosas.

Cerca de la frontera todavía había visto Helen campos cultivados, de fresco verdor. Ahora solo podía contemplar llanuras inmensas, un desierto plano, seco, cubierto de vegetación bravía y chaparra.

Estaban a mediados de marzo y el jardín silvestre y polvoriento aparecía cubierto de flores blancas o rojizas. Su escasa variedad era com[9]pensada por una loca profusión.

Helen creyó ver muchos hombres en mangas de camisa trabajando entre el follaje, bajo y oscuro. Eran simples penachos de apretadas flores. Medina le iba mostrando la llamada palma real y daba explicaciones sobre otros productos espontáneos del desierto florido; el guayule, matorral que da el hule lo mismo que los grandes árboles de la costa; la hierba candelilla que da cera; la hierba de la gobernadora que sirve para la fabricación de explosivos y había obtenido grandes precios durante la guerra.

Se pasaban la lengua algo seca por los labios cubiertos de polvo. Helen intentó bajar un vidrio, contra los consejos de su compañero, e inmediatamente una manga de niebla ardorosa entró en el vagón, provocando generales protestas. A unos cuantos metros del terraplén, se mantenía el desierto como un mar dormido, sin empañar el espacio luminoso con sus oleadas de polvo. Pero la trepidación del tren despertaba a la tierra, haciéndola revolotear por sus flancos y ondear detrás del último vagón, como la cola de un cometa mortecino y humeante.

—Es una lástima que haya entrado usted en México por aquí —dijo Medina—. Esto es lo más feo del país. Los que viven en la frontera de los Estados Unidos y nos juzgan

por lo que ven, se engañan lastimosamente. Hay que venir en verano después de las grandes lluvias que lavan el cielo y matan el polvo.

Describía con entusiasmo su país. México era una montaña entre dos océanos, una inmensa montaña cuyas estribaciones, al caer por el norte en los Estados Unidos, formaban las Montañas Roquizas y derramaban sus aguas en el Lago Salado, mientras por el sur iban a confundirse con los Andes expirantes. Tenía al borde de los dos mares una temperatura extremadamente tropical, y bastaban unas cuantas horas de ferrocarril ascendente para verse en un clima semejante al del centro de Europa. Sobre esta altiplanicie, que era la mayor parte de la nación, se levantaban las dos Sierras Madres con sus volcanes, vivos o muertos, y sus cumbres eternamente nevadas.

—Como poseemos todas las zonas, existen aquí el noventa por ciento de [10] cuantos productos vegetales se conocen en la tierra. ¡Si usted hubiese desembarcado en Veracruz para tomar el ferrocarril a México!... Es uno de los espectáculos más asombrosos. El tren sube más de dos mil metros a través de paisajes inolvidables.

—Pero ahora resulta arriesgado. Con frecuencia los insurrectos vuelan el tren o lo asaltan matando a la escolta.

—Eso dicen —murmuró Hernando.

Y para que la periodista no insistiese en ello, se apresuró a hablar de los paisajes de la llamada Tierra Caliente, del carácter andaluz-colonial de Orizaba, Córdoba y Jalapa. Luego describió la belleza de las intrincadas selvas tropicales que se extienden por el istmo de Tehuantepec hasta las fronteras de Guatemala, guardando gigantescas ruinas de templos, palacios y ciudades, restos de civilizaciones desaparecidas siglos antes de la llegada de los blancos.

—¡Si usted viese todo eso!...

Pero Helen se contentaba con ver lo que tenía ante los ojos, garrapateando de vez en cuando en su cuaderno. Pasaban por el fondo del paisaje edificios aislados y en ruinas; media hora después un pueblo blanco, con casas semejantes a dados, las paredes de adobes pintadas con cal y sin tejado visible. La torre de la iglesia igualmente blanca era lo único que sobresalía sobre la uniformidad de los edificios. Los cactus llamados «órganos» por su semejanza con los tubos de dicho instrumento, crecían juntos, como verdes estacadas, formando las cercas de las huertas. Cabras y borriquillos eran los únicos animales de estas llanuras.

Al aminorar el tren su marcha iba pasando ante largas filas de esqueletos de vagones de color fuliginoso o montañas de hierro en oxidación, ejes partidos, ruedas

torcidas. Eran restos de los trenes incendiados. En otros lugares, una casilla de madera entre ruinas indicaba la estación destruido por el fuego.

—Vestigios de nuestras revueltas –decía Medina con tono de ¿???–. ¡Diez años de pelea! Por suerte ya vamos hacia la paz y se podrá rehacer lo destruido.

[11] La americana no manifestaba emoción. Ella había visto en Europa cosas más terribles.

—Sí; la guerra –dijo Hernando–. Hubiera deseado verla como usted. Me habría batido por los que considero como míos. ¡Pero estábamos tan ocupados aquí en aquellos momentos!...

En algunas estaciones el público enorme, como si el vecindario de los pueblos, en muchas leguas a la redonda, acudiese atraído por el paso del tren. La locomotora tenía que avanzar lentamente entre los hombres con enormes sombreros de palma y las mujeres envueltas en un manto negro lo mismo que las musulmanas pobres.

Enjambres de niños cobrizos, lustrosos y gordos corrían siguiendo al tren. Por momentos crecían estos grupos con nuevos grupos que iban apareciendo entre las cabañas construidas con maderos rectos y cubiertas de zinc y tierra apisonada.

—Gente para las futuras revoluciones –dijo ella.

—Así lo creo: es una cosecha que nunca falla. No se acabarán las revueltas en México por falta de hombres de buena voluntad.

Un coro de gritos lastimeros salía de la muchedumbre. Eran las vendedoras de comestibles, todas descalzas, la pierna cobriza al aire, pero con la cabeza pudorosamente cubierta. Unas usaban una ligera manta de fuertes colores: el «rebozo»; otras, el manto negro llamado «tápalo».

El único comercio de las hembras del país era preparar algo de comer para ofrecerlo a los viajeros. La «tortilla», torta caliza de harina de maíz, delgada como un papel, servía de pan nacional y al mismo tiempo de vajilla y cubierto. Los guisos de cabrito y de pollo iban depositados sobre una tortilla que hacía las veces de plato. Luego, el comprador, rompiendo este plato comestible, empleaba uno de sus bordes como cuchara.

Todos los guisos despedían un zumo rojo y picante. La guindilla llamada «chile» era el gran condimento nacional. Los platos calientes o fríos, los co[12]mestibles entre dos hojas de tortas de maíz, hasta los pasteles, todo era «enchilado» y hacía derramar lágrimas al que lo probaba por primera vez.

—Cuidado —dijo Medina a su compañera—, no vaya usted a morir por querer probar estas cosas tan... nacionales.

Y explicó cómo muchas de estas mujeres tenían su guiso de cabrito por única fortuna. Cuando no conseguían venderlo, se lo llevaban a su casa (varias leguas de camino) y volvían al día siguiente. Así iban repitiendo su viaje en los días sucesivos, a través del polvo y del sol, hasta que encontraban un suicida capaz de tragarse la carne ponzoñosa.

Los pregones de las enlutadas se repetían en voz baja y quejumbrosa por ambos lados del tren: «Aquí hay pollo!»... «¡Aquí hay tostadas gordas con queso!»... «¡Aquí hay arroz con leche!»... «¡Aquí hay blanquillos crudos y cocidos!». Los «blanquillos» eran huevos. Las vendedoras, para que no las creyesen mal habladas, apelaban a la perífrasis.

Muchas niñas con un balde de zinc y un bote de conservas a guisa de vaso iban ofreciendo agua recalentada por el sol que en esta atmósfera polvorienta equivalía al mejor de los regalos. Niños de cinco años andaban a gatas bajo un sombrero enorme que solo dejaba visibles sus extremidades. Con un trapo limpiaban de polvo los zapatos de los viajeros descendidos al andén y luego tendían la manecita asomando bajo el enorme redondel de paja sus ojos de antílope dulce.

Al partir el tren toda la chiquillería se subía a los estribos acompañándolo hasta muy lejos. Algunos se asustaban al ver que iba tomando su velocidad normal e intentaban huir.

—¡No se echen! —gritaba el más bravo—. No se echen hasta que yo lo ordene... ¡Ahora!

Y todos se dejaban caer a la vez, rodando en el polvo y desgarrándose entre la bravía vegetación. Unos se levantaban o corrían; otros quedaban inmóviles, dejando al viajero en la duda de si se habrían despanzurrado.

A media tarde llegó el tren a Monterrey. La llanura estaba limitada ahora por una doble fila de montañas de color rosa, últimas estribaciones de la [13] Sierra Madre oriental. Una de estas cumbres llamaba la atención de los viajeros por tener la forma de una silla de montar. En torno de Monterrey, ciudad la más industrial del país, lanzaban humo amarillo las chimeneas de varias fundiciones. Detrás de una verja de madera se apretujaban las gentes curiosas, señoritas en su mayoría.

—¡Una gringa!... Miren, ¡una gringa!

Medina que había bajado el primero notó este revoloteo juvenil. La periodista paseaba por el andén con la parte alta de su blusa desabrochada y echándose atrás las alas del gabán para sentir mejor el fresco del atardecer. Empezaba a arrepentirse de su traje cada vez más sofocante así como avanzaba el tren. Fingió no entender las voces femeniles que sonaban entre risas a su espalda.

«Vengan a ver la moda de Nueva York: zapato puntiagudo, lo contrario de París; falda larga y estrecha, cuando ahora se lleva corta y ancha...»

Medina se entretuvo con un antiguo compañero de armas que le salió al paso. Cuando retrocedía hacia el vagón vio a la americana hablando en el andén con un viajero ya entrado en años y de ademanes solemnes. Indudablemente quería aprovecharse de su ausencia.

—Es lástima, señorita, que su viaje lo haga en estos tiempos. Debía haber conocido el México de don Porfirio. Un hombre podía viajar entonces por todo el país con veinte mil pesos en la mano sin que nadie se atreviese a robarle. Era algo primoroso; créame.

—Pero el general Díaz fusilaba mucho —dijo la joven.

—Poca cosa; unos cuantos centenares por año. ¿Qué es eso si se compara con los miles y miles de hombres que van muertos en diez años de revolución?... Además, no había ladrones, mientras que ahorita del presidente de la República para abajo...

Se detuvo al ver llegar a Medina. Había sido amigo de su padre, pero al [14] fin era un general de la revolución y juzgó oportuno escabullirse después de saludar dulzonamente.

Cerrada ya la noche el tren se detuvo en Saltillo para no volver a reanudar la marcha hasta las primeras horas de la madrugada. Los maquinistas preferían la luz diurna para su avance por la meseta central de México.

—¿Y por qué dicen que no quedan insurrectos? —preguntó la periodista.

El general levantó los hombros. ¿Resultaba tan fácil asaltar un tren durante la noche, haciéndolo descarrilar? La partida más insignificante era capaz de conseguirlo. El tren llevaba una escolta de soldados, ¿pero cómo podían evitar estos la explosión de una mina de dinamita puesta entre los rieles?...

Los viajeros acabaron de aceptar como un regalo la larga espera en Saltillo. Iban a dormir en las camas del Pulmann sin el tormento de los saltos y vaivenes sobre una vía abandonada durante los años de revolución.

Los deplorables efectos de esta larga incuria se notaban a cada momento en el ostentoso vagón, abundante en molduras de oro, que una casa de los Estados Unidos había fabricado durante la dominación porfiriana. Los aparatos de luz eléctrica se negaban caprichosamente a funcionar y los empleados, unos mestizos gordos, de achinadas facies, tenían que reemplazarlos con bujías de estearina. Los viajeros se ofrecían unos a otros polvos insecticidas para rociar sus camas. Los vagones, durante la larga anarquía nacional se habían animado con toda clase de sangrientos parásitos, para vivir menos solos en su abandono.

Uno de los empleados cocinaba con una lámpara de alcohol en un cuartucho del vehículo, calentando latas de conserva que después iba volcando en los platos. Medina continuó dando excusas por las incomodidades y miserias de este viaje. Su patriotismo se alarmaba ante el más leve signo de molestia de su compañera.

—Fíjese, señorita: llevamos cerca de diez años teniendo que reparar nuestros ferrocarriles nosotros mismos. La revolución se los tomó a sus empresas y ahora el gobierno no sabe cómo mantenerlos. Además, ¡la guerra europea que lo ha trastornado todo!... En fin; yo me asombro de que no estén peor.

[15] Antes de acostarse la joven, con una curiosidad profesional le hizo hablar de la política del país. Medina mostró una fe juvenil. Veía próximo a terminarse el periodo anárquico. México, purificado por la revolución, quería vivir en paz y se preparaba a elegir su nuevo presidente.

—Van a ser unas elecciones como las de los Estados Unidos. Por primera vez en nuestra historia se respetará la voluntad del pueblo y será elegido el presidente sin insurrecciones ni matanzas. Usted habrá visto algo extraordinario desde que pasó la frontera.

En Medina duraba aún la impresión que había experimentado al cruzar las calles de Nueva Laredo. Todas las paredes ostentaban cartelones con grandes retratos de los aspirantes a la presidencia de la República. Por todas partes programas políticos, profesiones de fe, llamamientos a los electores: el oleaje multicolor de impresos que precede a una gran elección. Decididamente México entraba en una vida nueva. Habían acabado los alzamientos militaristas. El joven general al volver a su país estaba más convencido de esto que al marcharse de él.

—Pero yo me he fijado también en los hombres —dijo Helen—, todos con grandes sombreros y mantas rojas, lo mismo que representan en los grabados de los periódicos a los que van con Villa... Sé bien que así resultan más pintorescos y que no van a cambiar

de traje repentinamente para darme gusto. Pero no se enfade usted: ¡saltaba a la vista tan enorme divergencia entre su aspecto de guerrilleros y todos esos papeles impresos!... Además, la gran mayoría no saben leer. ¿De qué pueden servirles tantos carteles y manifiestos?... En fin, ¡esperemos! Tal vez tiene usted razón. Usted debe conocer a sus compatriotas mejor que yo.

Al día siguiente, después de una noche relativamente tranquila, volvieron a conversar.

Iba subiendo el tren hacia la meseta central, donde está el valle de la ciudad de México. Ahora el terreno se mostraba cultivado, pero en el fondo del horizonte corrían altas columnas de polvo, semejantes a trombas, denunciando la existencia de caminos invisibles.

[16] Dentro del vagón la tierra suelta seguía cubriendo con sus capas sucesivas las personas, los objetos y los alimentos.

Helen y su compañero de viaje que en las primeras horas de la mañana, después de sus abluciones en los cuartos de aseo, habían sentido la fresca alegría de la limpieza, empezaban a mostrarse desalentados ante la invasión irresistible de la suciedad general. Sentían un sabor a tierra en sus labios y en el paladar. Miraban con vergüenza sus ropas cubiertas de una costra gris que apenas repelida volvía a unirse.

—¡Y aún queda un día! —se lamentaba ella— ¡Qué horrible debe ser mi aspecto! No me atrevo a verme en un espejo.

Hernando la miraba instintivamente después de estas palabras y no conseguía apartar sus ojos de ella durante mucho tiempo, como si estuviese ocupado en la rebusca de una solución difícil. Esta gringa ¿era fea o no lo era? Se había preguntado esto mismo varias veces desde que se conocieron. Pero al final se inclinaba a reconocerla únicamente «interesante», con el interés que ofrece la novedad.

Era una mujer distinta a todas las que él había conocido y esto significaba algo. Encontraba en su rostro varias irregularidades demasiado visibles. Además tenía las manos y los pies algo grandes, imperfección que Hernando no podía tolerar en otras mujeres. Su cabello era de un dorado mortecino y humilde sin el deslumbramiento solar de las rubias esplendorosas, ni la noche azulada de las morenas tropicales que huelen a jazmín. Pero tenía la seducción de un cuerpo sano y ágil, la gracia vigorosa de unos miembros gimnásticos, el encanto que ofrecen una energía y una confianza casi varoniles, para un hombre que ha pasado gran parte de su vida en países donde la mujer

solo existe bajo el amparo del marido o del amante y cuya sumisión blanda y dulce recuerda la de la odalisca.

Hernando se preguntaba cómo podrían ser los amores con estas mujeres que ganan valerosamente su pan y viven lo mismo que hombres. ¿Resultarían iguales a las otras? ¿Valdría la pena despertar en ellas una pasión, haciéndolas olvidar sus ordinarias preocupaciones?...

[17] Sus pensamientos le hicieron reír de pronto.

—¿De qué ríe usted, Medina?

Míster Medina miró fijamente los ojos de Helen, verdes y con una gota de ámbar en el centro de la pupila. Los ojos eran lo mejor de ella.

—Pienso, señorita, que nuestro encuentro resulta novelesco, pero no estamos dentro de las reglas, ni usted ni yo, para ser personajes interesantes. Hemos cambiado los papeles. En una novela o un film, yo debería ser un americano, oficial del ejército, ingeniero o explorador que viene a visitar México y usted una mexicana que empieza a interesarse por mí y los dos acabamos por amarnos, arrojando juntos los mayores peligros. ¿No es eso?

Helen aprobó con su sonrisa. Así era en todas las novelas de ambiente exótico. El hombre procedente de una civilización superior al visitar como viajero una tierra pintoresca encontraba siempre una mujer del país que se enamoraba locamente del extranjero y a veces acababa muriendo por él.

—Una mentira desvergonzada que vienen repitiendo los novelistas —dijo Medina—. La hembra popular tiene más vivas las preocupaciones patrióticas que la de educación superior. Una mujer que ha viajado o ha leído puede llegar a enamorarse de un hombre de un país lejano; pero las mujeres de sentimientos primitivos solo aman de verdad a los de su patria.

—No estamos «dentro de las reglas», como usted dice: es imposible que sirvamos para una novela. Pero aunque yo, en vez de ser mujer, fuese un oficial o un explorador americano, tampoco habría trama novelesca, de seguir teniendo el alma como la tengo... Creo que jamás me preocuparé de eso que llaman amor. Otras cosas me interesan con preferencia.

Se detuvo un momento, mientras sus mejillas se coloreaban ligeramente.

—Además ningún hombre puede fijarse en mí. Me conozco bien. Ser fea es ser algo. Lo terrible es no ser ni siquiera fea.

—Eso nos ocurre a la mayoría de los mortales y debemos consolarnos de nuestra mediocridad. Yo tampoco llego a ser ni feo. Soy uno de tantos insignificantes.

[18] —¡Oh! ¡Usted!...

Ella no dijo más, pero se creyó autorizada por esta exclamación de protesta para mirarle francamente. Hasta ahora solo le había examinado con el rabillo de un ojo, disimuladamente. El joven general era rubio y blanco. Sobre la máscara roja con que el sol había cauterizado su rostro, entre el remate de la frente y las primeras raíces de su cabellera, la piel mostraba una blancura casi femenil. También por entre sus guantes y los puños de la camisa se veía un pedazo de epidermis delicada. El rubio de su cabeza y su bigote era un rubio tostado, de reflejos metálicos, que hacían recordar el de los habitantes de algunas provincias septentrionales de España. En él venía a fundirse indudablemente la descendencia legítima de dos familias que databan de los tiempos de la colonia y habían mantenido pura su sangre europea. Y, sin embargo, por una misteriosa influencia étnica del ambiente, este nieto de españoles tenía en su arquitectura facial algo indefinible que resultaba exótico y hacía que la curiosidad de las gentes se fijase en él cuando viajaba fuera de su país.

La periodista también lo encontraba interesante. Veía en él a un hombre destinado a elevarse sobre los demás instintivamente; a un ser que solo podía dedicarse a cosas extraordinarias: tal vez a un futuro héroe.

—¡Oh! ¡Usted!... —dijo otra vez.

Pero temiendo hablar demasiado empezó a reír.

—En todo caso, míster Medina, usted se conserva menos sucio que yo. Los hombres aguantan mejor que nosotras la falta de cuidados higiénicos.

Cerca de San Luis empezó a fijarse Helen en los campos donde se cultivaba el maguey, planta que había visto crecer silvestre y sin orden en las tierras cruzadas horas antes.

—Son nuestras viñas —dijo Medina.

Estas pitas, más altas que un hombre, se extendían en filas lo mismo que las cepas, encorvando sus hojas verdes y carnosas. De su corazón se extraía un jugo azucarado que al fermentar producía el pulque, el vino del mexicano pobre, bebida espesa y blanca como la leche que exhalaba un olorcillo semejante al de la carne [19] cruda. Como únicamente en grandes cantidades podía embriagar, las gentes bajas del país, los llamados «pelados» lo consumían a litros, cayendo de golpe en una borrachera pesada y agresiva.

—¡Si pudiéramos matar para siempre a este enemigo! —dijo Medina.

Luego habló del tequila, aguardiente extraído de otra especie de maguey y tan nocivo para el populacho como el pulque.

Cuando cerrada la noche pasaron por Querétaro, la americana recordó a Maximiliano, el emperador fusilado en esta ciudad.

Esto les hizo hablar a los dos del carácter trágico de la historia mexicana. La muerte del archiduque austriaco que se había prestado al ensayo de un imperio en América no era una novedad.

—A Iturbide, el fundador de nuestra independencia, lo fusilamos. Guerrero, que contribuyó a nuestra transformación en república independiente, también murió fusilado por nosotros... ¿Y en los últimos años?... Porfirio Díaz que parecía inmovible murió en el destierro; Madero, su sucesor, fue cazado a tiros en las cocheras del Palacio de Gobierno; su asesino Huerta acabó en una cárcel de los Estados Unidos. Ninguno de nuestros presidentes termina su vida en cama propia como las personas de buenas costumbres. Por fortuna, ahora nos gobierna Carranza. El viejo acabará sus días bien. Es «el primer jefe», el maestro de todos nosotros, el caudillo de la revolución... Ya es tiempo de que nuestros presidentes mueran cuando suene su última hora como mueren los demás hombres...

Todos los viajeros se acostaron vestidos. El tren iba a llegar a la capital a las dos o las tres de la madrugada.

—La hora es intempestiva, miss —dijo Medina—; pero en México los trenes hacen lo que pueden. Lo importante es llegar sin tropiezo, sea como sea.

Se despidieron anticipadamente, adivinando la confusión que surgiría en el momento de la llegada. Las familias de los viajeros iban a pasar la noche en claro, esperando en la estación.

[20] Helen empezó a preocuparse de sus maletas esparcidas en diversos lugares del coche.

Medina se tendió en la cama baja de un viajero que había descendido en el camino. Después de dos días de continua conversación con la americana, haciendo juntos comidas tan malas como las de su época de revolucionario vagabundo, y participando de todas las molestias de un viaje asfixiante, se sentía familiarizado ya con ella como si la hubiese conocido siempre.

En su cerebro, cada vez más nublado por los avances del sueño, se agitaban tenazmente las mismas ideas. «¿Y vamos a separarnos así?... ¿Y no volveremos a

vernos nunca?» Pero sobre estas dos preguntas saltaba otra que parecía borrarlas bajo su peso. «¿Cómo será el amor de una mujer como esta?»

Por las ventanillas cerradas empezó a penetrar para él, solo para él, un perfume indefinible que parecía el aliento del pasado. Se esfumaron las letras de fuego moribundo con que estaban escritas las anteriores preguntas. Se esfumó igualmente de su memoria soñolienta la imagen de la gringa que dormía cerca de él.

De pronto dejó de interesarle todo lo que le había preocupado durante el viaje.

Un rostro de mujer, que se mantenía en el último término de su memoria, polvoroso e indeciso lo mismo que un retrato viejo, pasó repentinamente al primer plano, con el brillo de una milagrosa restauración. El paisaje que desarrollaba sus fantasmas negros por ambos lados del tren y la ciudad, más próxima y más grande a cada vuelta de las ruedas, le trajeron esta imagen.

La vio de pronto tan real, tan corpórea como la había visto diez años antes. Esta mujer intangible era morena, de pelo negro, de ojos oscuros y alargados en forma de almendra. Sintió el intenso remordimiento de haber pensado hasta entonces en otra.

—¡Once meses sin verla!... Hace once meses que me marché a París...

De pronto se dio cuenta de que le empujaban en un hombro. Abrió los ojos. El vagón estaba inmóvil; los compañeros de viaje hablaban fuerte, y salían llevando una maleta en [21] cada mano.

Reconoció el rostro que se inclinaba sobre el suyo, la cara aindiada, el bigote y la perilla de pelos ralos, los ojos ardientes y oblicuos del coronel Martín Lima, su hermano de armas.

—¡Arriba! Son las tres. Te estamos esperando desde media noche. ¿Cómo te ha ido el viaje?...

Luego se encontró en un andén de la estación. Como aún estaba medio adormecido, Lima le guiaba entre la muchedumbre. Pasó junto a la americana sin conocerla. El frío de la madrugada acabó por despertarle. Entonces miró en torno con ojos de ansiedad.

—Está fuera de la estación —dijo el coronel—. Te aguarda en tu automóvil. ¡Hemos esperado tantas horas!...

Al llegar junto al automóvil, Lima abrió la portezuela, volviéndose inmediatamente a la estación en busca del equipaje.

Dentro del vehículo se revolvió una persona, repeliendo la manta de pieles que le servía de abrigo, para tender los brazos.

—¡Oh, al fin!... ¡Al fin vuelves, viejo!

Medina se metió en el carruaje con el ímpetu de un asaltante.

Tardó poco en cerrarse la portezuela, pero los viajeros que pasaban junto al vehículo tuvieron tiempo para volver el rostro hacia él, escandalizados y sonrientes por los ruidosos besos que salían de su interior. La voz temblorosa de Medina sonaba enfosquecida por la emoción:

—¡Mi «galleta»!... ¡Mi «india»!... ¡Al fin te tengo, Malinche!... ¡Coronela de mi vida!...

Cuando aún no había cumplido veinte años Hernando Medina se encontró solo en México y al frente de una fortuna considerable.

Su padre don Joaquín, llamado por muchos «el marqués», vivía en París y no se dignaba volver a su patria después de un suceso inaudito, inexplicable, que había trastornado todas sus ideas acerca de la gratitud de los pueblos.

Treinta años gobernaba a México el general Porfirio Díaz con una autoridad severamente bondadosa, semejante a la del padre, según el derecho antiguo. Nadie debía ocuparse del progreso de la nación. El gobernante pensaba por todos. Bajo su tiranía paternalista, se inauguraban ferrocarriles, se abrían puertos, se higienizaban las poblaciones, afluían los capitales extranjeros. Lo único que no se modificaba era la gente. La dictadura quería mantener al pueblo sumiso e ignorante, para que repeliese toda novedad subversiva, pidiendo solamente orden y trabajo.

En 1910 el prócer Medina había abandonado su hotel de los Campos Elíseos para presenciar en México la divinización de don Porfirio. Las fiestas del centenario de la Independencia nacional fueron más bien en honor del viejo Díaz. Todos los países civilizados enviaron vistosas embajadas para saludar al eterno presidente mexicano. ¡Treinta años seguidos de gobierno!... Casi ninguno de los monarcas de Europa había reinado tanto.

Y cuando más sólida y consagrada parecía su autoridad, el insignificante Madero, un señorito educado en los Estados Unidos, se sublevaba apoyado por la mayoría del país, obligándolo a abdicar. Esta catástrofe inexplicable hizo enmudecer de cólera a don Joaquín, que recién vuelto a París, iba relatando a sus amigos las gloriosas fiestas del centenario. Se consideró desligado de sus compatriotas. «¡Imbéciles! ¡Cuando tenían un gobernante que les envidiaba el mundo entero!...» Y para castigarlos juró no volver a su patria mientras esta persistiese en su [23] ingratitud. Además le era imposible vivir cerca de Madero, convertido en presidente, y de otros desconocidos que se habían improvisado gobernantes, para sustituir a los sesudos próceres de Díaz, apodados por el vulgo «los científicos».

Pero como su fortuna, compuesta en gran parte de propiedades agrícolas, exigía una vigilancia inmediata ahora que el país andaba revuelto, decidió que Hernando, su hijo único, se trasladase a México.

Bastante tiempo llevaba en Europa. A los doce años lo había hecho ingresar en un colegio, de una vieja ciudad española, dirigido por los jesuitas, donde se educaban los retoños de la aristocracia más cerrada e intransigente. Él era republicano y anticlerical lo mismo que don Porfirio; pero amaba como este la autoridad dura y el respeto a las jerarquías. Porque México viviese en república no iba a olvidar que uno de sus abuelos, el minero Medina de Zacatecas, había sido hecho marqués por Carlos III, y que otros de sus ascendientes derramaron las onzas de oro a puñados durante sus estadas en Madrid, llegando a unirse con ilustres familias. Su hijo debía educarse en España entre jóvenes aristócratas que indudablemente eran parientes suyos.

Terminada esta educación, Hernán se trasladó a París. Su madre había muerto y don Joaquín le dejó en amplia libertad para que de este modo no se fijase en los medios empleados por su padre para consolarse de la viudez. Este deseo de tener alejado al hijo influyó también en su resolución de enviarlo a México.

Hernando aceptó con entusiasmo el viaje. Estaba cansado de satisfacer la curiosidad de los compañeros de colegio y de los amigos de París con relatos de su invención cuando le preguntaban sobre la vida mexicana, entrevista en las novelas.

Iba a galopar ahora realmente por montes y valles, a domar caballos salvajes, y ¡quién sabe si pelearía con hombres, como decían haberlo hecho su padre y otros hacendados, al contar las aventuras de su juventud!...

Vivió poco en la ciudad de México. Quiso llevar la existencia de un señor del país, tal como él los había visto en los relatos de medio siglo antes. Prefería el caballo al automóvil, y vistió de gamuza amarilla, fina como el paño, llevando [24] el pantalón estrecho adornado con botones de plata a lo largo de la costura exterior y los zapatos armados con espuelas.

Tenía propiedades de su padre cerca de Puebla, pero él espaciaba mucho sus viajes a esta ciudad por evitarse las visitas a su abuela doña Mariana, reclusa en su viejo palacio, insensible a los años y a los sucesos, empeñándose en vivir y hacer vivir a los que la rodeaban como si aún existiese el imperio de Maximiliano de Austria.

Prefería Hernando la alegre Guadalajara, la segunda ciudad de la República donde también debía ocuparse de varias haciendas heredadas de su madre. No era tan pintoresca y romántica como Puebla, pero el antiguo colegial español le encontraba cierta semejanza con Sevilla por su blanca pulcritud y su aspecto alegre. Amaba las hermosas sillas de montar de cuero repujado y pesados adornos de plata que producen sus artífices; los sombreros de fina palma, con bordes semejantes a los de un paraguas

vuelto hacia arriba y la copa altísima y puntiaguda; las figurillas coloreadas de sus alfareros, los voluptuosos bailes de la tierra de Jalisco, y sobre todo esto, sus mujeres.

Las jalisqueñas eran célebres por su belleza en toda la república. Hasta las hembras de mal vivir, procedentes de lejanísimas provincias, para que las tuviesen en más, afirmaban ser «tapatías», apodo dado a las gentes de Guadalajara y sus contornos. El jarabe tapatío, baile del país, figuraba como la más graciosa de las danzas nacionales.

Rara era la noche que el rico heredero no arrojaba su sombrero mejicano a los pies de una bailarina de la tierra. Puestos los pies dentro de la curva halda del sombrero, la beldad mestiza daba vueltas y más vueltas en torno de la copa sin salirse nunca del redondel de palma. Hernando mientras tanto bailaba junto a ella como si la persiguiese entre los gritos y el palmoreo de los mirones enardecidos por el ritmo vivaz y voluptuoso del jarabe. Al fin se arrodillaba ante ella.

—¡Cócono! –gritaba el público.

Y la bailarina le pasaba una pierna sobre la cabeza para dejarse caer luego [25] entre sus brazos y descansar en la rodilla doblada.

De repente Medina perdió este entusiasmo de gringo recién llegado, por las cosas del país. Bebió menos pulque, ya no se exhibió en las calles vestido de charro rico, y frecuentó la Plaza de Armas a la hora en que paseaban por su jardín central las hijas de las mejores familias.

Esta plaza con soportales le recordaba las de las viejas ciudades españolas donde había transcurrido su niñez. Bajo las arcadas ostentaban las tiendas los productos de fabricación jalisqueña, hilados y tejidos, sedas, rebozos multicolores, sarapes encarnados, oscuros ponchos de monte.

Cuando tocaba en el centro del jardín una banda militar, el público se dividía según antigua costumbre, y los hombres paseaban dando vuelta a la plaza en una dirección mientras las mujeres marchaban en dirección opuesta. El continuo roce de estos dos ríos humanos que se huían incesantemente volviendo a encontrarse, era de gran utilidad para las intrigas amorosas de los jóvenes.

—¿Me admitiría usted una carta? –preguntaba con voz tenue un muchacho al encontrarse con la joven preferida que venía en dirección opuesta.

La joven callaba, lo que era un motivo de alegría. Una señorita decente no puede decir «sí». Y a la otra vuelta, envalentonado por el silencio aprobativo, entregaba cautelosamente la carta declarando su amor.

Medina, con sus mejores trajes de Europa y patroneando un grupo de admiradores, gustó de dar vueltas por la plaza viendo de frente las bellezas tapatías que avanzaban en sentido inverso.

Creyó necesario tener una novia como todos sus compañeros para considerarse verdadero hijo del país. Un sinnúmero de señoritas andaban desorientadas y nerviosas por culpa de sus indecisiones. Aficionado a vagar en las altas horas de la noche por las calles abundantes en jardines, donde la sombra huele fuertemente a jazmín y a rosas, llevaba con él una pequeña orquesta para dar «gallos» (serenatas) ante las casas de su predilección.

—No hay «gallo» como el de Medina —afirmaba la gente.

[26] Pero las jóvenes, orgullosas de que la serenata hubiese cortado su sueño haciéndolas ir descalzas y en puntillas hasta el balcón, esperaban en vano al otro día durante el paseo por la plaza que «el dueño del gallo» manifestase sus sentimientos con palabras directas y no con insinuaciones amicales.

Un día se decidió. Pero la carta de declaración fue para una huérfana, Guadalupe Camargo, que vivía a costas de un tío suyo, fabricante de loza.

Las señoras más notables se mostraron escandalizadas en sus tertulias. ¡El hijo de don Joaquín Medina que había sido ministro de don Porfirio y embajador en Europa, un muchacho heredero de millones, casándose con una joven pobre como una rata!...

Por las noches abandonaba a sus amigos para hablar con la novia a través de una reja. Algunas veces la reja estaba cerrada y él permanecía horas enteras con la cabeza echada atrás, mirando un balcón alto en el que estaba Guadalupe acurrucada detrás de los hierros. Emitían sus palabras con una voz tenue, igual a los murmullos de la noche y solo por milagro llegaban a entenderse.

Hernando no sabía con certeza si estaba enamorado; pero él debía poseer una novia como todos sus amigos y mejor era esta que otra. Su entusiasmo por todo lo que tenía «carácter patrio» le obligaba a admirar la belleza de Lupe; una belleza morena, de tez pálida, grandes ojos oscuros y cabellos azuleantes en fuerza de ser negros. A su origen criollo se habían adherido otros orígenes étnicos. Era indudablemente el producto de tres razas, como muchas gentes del país que se consideraban blancas. La herencia física de las remotas abuelas andaluzas la había modificado una ascendiente india con ligeros toques en el rostro, estirando la abertura de los ojos, dando a sus pupilas un brillo lagrimeante igual al de los tímidos animales de las altiplanicies americanas, ensanchando los pómulos bajo el cutis de camelia. Además el ondeamiento natural de

su cabellera y el tono ligeramente azulado de sus labios de húmedo rosa, delataban la intrusión de algunas gotas de sangre africana en el río de su exuberante vitalidad.

Le interesaba también a causa de su pobreza y de una confianza asombrosamente absurda, que le permitía no admirarse de nada, encontrando natural cuanto de bueno le ocurría por extraordinario que resultase.

—En quantito te vi por primera vez en la plaza, mi cielo —decía al novio a través del perfumado silencio nocturno—, me dijo el corazón que ibas a ser para esta pobre. Las otras te miraban con codicia y hacían toda clase de preparativos para cazarte. ¡Yo nada!... Estaba segura de que vendrías. ¿Quién puede quererte más que yo?

Sus primas que la trataban como una pariente pobre recogida por caridad, se habían burlado de la certeza que mostraba al hablar de su destino.

—Si vieses cómo rabian ahora todas al ver que no me he equivocado...

Hernando reía al conocer por su novia la devoción que tenían muchas jalisqueñas a una imagen de San Cristóbal, famosa en la ciudad. Las solteras al visitar al santo gigantesco lo increpaban, formulando un ruego agresivo.

San Cristobalazo, patazas, manazas:  
¿cuándo me casas?

Y años después, estando ya casadas, volvían muchas de ellas para suplicar dulcemente al santo:

San Cristobalito, patitas, manitas:  
¿cuándo me lo quitas?

—Yo no diré nunca eso, mi lindo... ¡Cualquier día voy yo a pedirle a San Cristóbal ni a Dios mismo que me quite a mi primoroso!...

Él sentía la ansiosa curiosidad de todo enamorado por conocer la vida anterior de la mujer amada. Mientras le educaban en un colegio español y llevaba luego la existencia de un joven rico en París, ¿cuál había sido la existencia de ella?

La sabía nacida en la próxima provincia de Michoacán. Su padre, dedicado al comercio, pasaba por rico en la comarca y su familia era la primera en la pequeña ciudad. El señor Camargo hasta se veía admirado por sus convecinos como un gran viajero que osaba romper la soñolienta calma en que vegetaban los demás en este rincón de México. Al llegar octubre nunca faltaba a la fiesta de San Juan de los [28] Lagos, y su mujer y sus hijas comían, como es de uso, varias imágenes de la Virgen de este lugar, hechas con barro calizo, lo que evita numerosas enfermedades.

Guadalupe recordaba los viajes de doce o veinte leguas de camino que duraban dos o tres días para visitar a unos parientes o asistir a la fiesta de un pueblo. El padre

marchaba a la cabeza de la caravana montado en el mejor caballo, con gran sombrero de pita y un pistolón viejo, frotado y engrasado en los días anteriores. Sobre el arzón llevaba a Lupe, la hija mayor que tenía ocho años. Luego la madre, sentada sobre su caballo en una especie de sillón, sostenía a la hija segunda. Seguía una mula cargada con dos líos de colchones –pues en estos viajes había que llevar la cama– y un baúl de cuero con el nombre de la familia escrito con clavos. En su interior estaban los vestidos de seda de la señora y un sinnúmero de enaguas ruidosamente almidonadas. Cerraba la marcha a pie un mestizo gordo llamado el Pato, a causa de sus andares, el cual se encargaba de llevar en brazos, por medio peso diario, a la hija más pequeña.

La matrona se preocupaba mucho de que su pudor no sufriese en estos viajes. Vestía un ropón de tela de hilo que le llegaba hasta los pies y todavía adicionaba una segunda falda abrochada en la cintura. Una vez en su sillón, soltaba los corchetes de esta falda supletoria que casi arrastraba por el suelo entre las patas del caballo. Cuidaba igualmente de su ornato y el de sus hijas, para que las gentes que las cruzasen en el camino comprendiesen que eran señoras. Llevaba todas sus sortijas, su reloj, su gruesa cadena y sobre el pecho un gran alfiler de oro con su nombre: «Hermelinda». Las señoritas, aunque el calor fuese grande, usaban esclavinas. Bajo el sombrero de paja llevaban la cabeza envuelta en un pañuelo de seda llamado mascada; cada una según el tono de su cabellera: la morena, pañuelo rojo; la rubia, pañuelo azul. Las manos estaban enfundadas en guantes de Salamanca, fabricación del país, hecha directamente para las niñas. El de la derecha tenía bordado el nombre de su dueña y el de la izquierda, el apellido.

Pasaban la noche en determinados sitios donde encontraban a veces a otras familias viajeras, poniendo en común los víveres y los colchones. Galopaban de día, [29] cada uno a su capricho, pero en ciertos lugares, como un desfiladero o un vado, se reconcentraban, uniéndose al grupo nuevos viandantes ganosos igualmente de compañía. Era «un sitio de ladrones». Muchos habían sido robados allí. El señor Camargo sacaba su pistolón con aire resuelto; el Pato miraba azorado en torno de él dispuesto a correr con su carga infantil, y así avanzaban cautelosamente, todos en silencio con el resuello fatigoso, hasta que volvían a esparcirse alegremente al verse en terreno libre.

Si llegaba al pueblo a la caída de la tarde, preferían dormir al raso, para hacer su entrada con la luz de la mañana siguiente, luego de haber abierto los baúles para vestirse las ropas de fiesta. Los parientes salían a recibirlos. Por la noche era el baile en la plaza,

plantada de fresnos y alumbrada con fogatas de ocote, pino resinoso que ardía en cestos de hierro.

Lupe se acordaba de dos viajes más atrevidos y maravillosos; viajes en tren a la ciudad de México. Lo primero que hacía la familia a su llegada era dirigirse al cercano pueblo de Guadalupe para dar gracias a la Virgen porque les había permitido terminar este viaje de unas cuantas horas sin incidentes, pidiéndole al mismo tiempo fuerzas para continuarlo. Encendían un cirio en su altar, bebían agua de su pozo milagroso y después de esto ya podían dedicarse a la admiración de las maravillas de la ciudad. Para doña Hermelinda la mayor de todas era «Sorpresa y Primavera unidas», título de una tienda de españoles, la primera que había osado colocar en sus escaparates maniqués de cera traídos de París para la exhibición de los trajes. Las señoras se escandalizaban viendo los grupos de adolescentes y hombres del campo que permanecían como embobados ante las piernas de madera cubiertas con medias caladas, mientras en sus ojos lucía el fuego demoníaco de las fantasías salaces.

De pronto, cuando Lupe tenía quince años, la desgracia se ensañaba en la pobre familia. El padre, arruinado por una quiebra, moría al poco tiempo; la madre moría también. Sus hermanas menores quedaban al cuidado de unos parientes en Michoacán y a ella la recogía su tío de Guadalajara.

—Pero ¿cómo vivías allá? —preguntaba Hernando.

[30] Sentía en su patria el mismo placer de los exploradores que estudian las costumbres de pueblos lejanos. Comparaba su adolescencia en París, conociendo de golpe todas las abundancias y refinamientos, con la adolescencia de su novia y otras jóvenes mexicanas en el tradicional ambiente provinciano, semejante aún al de los tiempos coloniales.

Se levantaban a las seis de la mañana e iban inmediatamente a misa bajo la vigilancia de la madre. Al volver a casa, luego de tomado el chocolate, ayudaban a las criadas mestizas en la limpieza de las habitaciones y fabricaban algún plato especial o postre de dulce. La comida de mediodía era el momento glorioso. Mamá iba señalando sus obras ante el grave jefe de la familia. «Esto lo ha hecho Dorita.» «Esto otro es de Zobeida.» Mientras los padres dormían una siesta de dos horas largas, las niñas cuidaban los pájaros y las flores. A las cinco se tomaba el chocolate vespertino; luego era el rezo en la iglesia con meditación y el paseo por las calles principales, seguidas de lejos por los novios. Finalmente caían en la antigua Plaza de Armas, equivalente a un

salón, donde se juntaban las familias y las muchachas podían formar grupos, alejadas un poco de sus madres.

Después de la cena se rezaba el rosario y a las nueve en punto el padre declaraba que había sonado el toque de queda. ¡Todos a dormir!... Para las niñas esta era la hora de la libertad, del ensueño pasional, de las ilusiones azules. Hablaban con el novio por la ventana y, si los padres clavaban la ventana, continuaban el diálogo amoroso tendidas en el suelo a través del redondo orificio de la gatera o del caño que servía para expeler las lluvias fuera de la casa.

—Te advierto, rico mío, que aunque me crees poquita cosa, yo he tenido muchos novios, ¡muchos!..., lo menos cuatro. Por ti le dije que no a un joven que está empleado en el ayuntamiento y hace versos muy primorosos. El pobre escribe ahora contra mí llamándome ingrata y otras cosas peores. Mira el diario del domingo y verás. No hay engaño posible. Todas sus poesías llevan la misma dedicatoria: «A la señorita G. C.».

Medina que era de carácter batallador hablaba unas veces de apalearse al vate [31] y otras de pegarle un tiro.

—¡Ya estás celoso!... ¡Mi lindo está celoso! Pero si yo solo te quiero a ti... ¡Si como ese muchacho he tenido muchos!... Déjalo al pobre: cuando me ve en la plaza se oculta; tiene una cara que da lástima...

Para Hernando, que había conocido en tres años de vida parisien los lugares de placer más famosos, era ahora una gran diversión conseguir que su novia saliese al anochecer a dar un paseo con sus dos primas. Estas habían acabado por aceptar la buena suerte de la parienta pobre y hasta buscaban su protección. Lupe no dudaba de nada.

—Cuando yo sea la señora de Medina vendréis a verme a Europa. Yo os pagaré el viaje.

—¿De veras, Lupita? ¿No te olvidarás? —decían las otras con la voz temblona y los ojos brillantes de ilusión.

Hernando se unía a las tres y paseaban por los soportales de la plaza, deteniéndose ante las tiendas que muestran las frutas confitadas en enormes cantidades, formando montones, como si el dulce fuese el único alimento del mexicano. Luego pasaban entre las mulas de los arrieros detenidas en la plaza para llegar a la acera del jardín central, en busca de los vendedores de cacahuets y cañas de azúcar. Un charro viejo con sarape rojo y sombrero de fieltro galoneado de plata estaba sentado en el suelo junto a un montón de maní, en cuya cumbre llameaba una vela envuelta en papel de periódico.

—¡Al tostado y dorado! —pregonaba el vendedor— ¡Al ruido de uñas!

Y los cuatro hacían crujir entre sus dedos el oleaginoso fruto, sembrando el suelo de cáscaras.

A veces las amigas experimentaban un placer inaudito al poder dar a Lupe noticias inquietantes. Sus primas se unían a ellas, volviendo a su primitiva hostilidad: Medina pasaba las altas horas de la noche con una tropa de bailarinas y de matones ebrios que le reconocían como patrón. «¡Mucho ojo, Lupita! Con un joven así, un noviazgo no puede durar.» Pero ella dominando sus impresiones se mantenía en [32] perfecta calma.

—¡Que se divierta! Mejor es ahora que cuando esté casado;... no por eso me dejará. Cuando yo quiero a alguien no permito que se marche... ¿Que puede volverse a Europa? Bueno: yo le seguiré, aunque sea nadando.

Luego, en los diálogos a solas de balcón a calle, Lupe reñía a su novio, como si tuviese sobre él derechos imprescriptibles.

—Lo sé todo. ¿No comprendes, niño, que esas envidiosas se mueren por traerme la malas noticias?... Diviértete, pero procura que yo no lo sepa. ¡Que te pille alguna vez y verás lo que es bueno!... ¿Te ríes? ¡Ah, grandísimo ladrón! No creas que soy como esas franchutas a las que estabas acostumbrado allá en tu tierra. A mí no me dejarás como si fuese una bailadora de «jarabe»; te lo juro. Tienes para toda tu vida, cielito. Nunca te verás libre, primoroso.

A Medina le gustaba este dulce autoritarismo; pero al poco tiempo empezó a ocuparse menos de su novia.

Una segunda revolución acababa de trastornar la vida de México. Madero había sido asesinado.

Hernando conocía de cerca su popularidad. La Virgen de Guadalupe y Madero eran casi iguales para el vulgo. Las gentes sencillas veían en él algo milagroso. Cuando todo el país callaba, sometido para siempre al eterno Porfirio Díaz, este señorito, hijo de una familia rica, osaba protestar, moviéndose y hablando con una actividad nerviosa, incansable. Sus parientes eran los primeros en no hacer caso de él, teniéndolo por un iluso, incapaz de ninguna empresa positiva. El viejo dictador y sus acólitos los graves «científicos» reían de la actividad algo simiesca de este revolucionario, salido de su misma clase social. Pero el pueblo se sentía atraído por su audacia y al mismo tiempo por su debilidad. Era un hombre pequeño de cuerpo, de escaso vigor, que no conocía las armas en un país gobernado siempre por generales, ¡y sin embargo osaba hablar a cara

descubierta contra el viejo don Porfirio, vencedor muchas veces de los soldados de Europa! Las gentes sencillas creían ver renovada la lucha del pastorcillo hebreo con Goliat. Al [33] fin Madero se levantaba en armas, y la fuerza de la opinión, silenciosa e irresistible, iba hacia él de tal modo, que el gobernante de treinta años se veía obligado a abdicar, huyendo del país.

Madero presidente resultaba algo distinto de Madero apóstol. El pueblo, después de haberle llevado en triunfo por las calles de México, como a un santo, empezaba a conocerle de cerca. Su familia, compuesta de hombres de negocios que se habían reído de él en otros tiempos, monopolizaba la hacienda nacional. El presidente hacía discursos continuamente, creyendo en la eficacia de las palabras. Lo mismo prometía a las masas populares un nuevo reparto de la propiedad, que les recomendaba el régimen vegetariano absoluto, del cual era partidario, porque sus ideas filantrópicas no le permitían alimentarse con despojos animales. Además, en sus momentos difíciles de gobernante buscaba el apoyo de los espíritus y pedía consejos a un velador giratorio con más frecuencia que a sus ministros.

Las insurrecciones eran frecuentes. Desaparecido el despotismo porfiriano, mantenedor del orden por la fuerza, habían vuelto a despertarse en las clases inferiores el odio al trabajo, el amor a la vida de aventuras, al robo y al homicidio como medios de subsistencia.

Un domingo, Félix Díaz, sobrino del viejo presidente, se sublevaba en plena ciudad de México, con algunas tropas de la guarnición. Madero desde el castillo de Chapultepec acudía a la capital a caballo y con escasa escolta, para lanzar arengas en las calles. Las tropas fieles, ocupadas en proteger al presidente en estos paseos oratorios, dejaban en libertad a los insurrectos derrotados en el primer choque, y estos iban a encerrarse en la ciudadela. Las fuerzas del gobierno mandadas por el general Victoriano Huerta sitiaban dicho lugar, sosteniendo en el curso de diez días unos combates disparatados que solo parecían tener por objeto matar gente y prolongar el conflicto. Unos y otros se batían a cañonazos dentro de la ciudad.

Huerta, soldadote alcohólico, que deseaba ocupar el sitio de Madero, se puso de acuerdo con los sublevados y de pronto atacó al presidente en su vivien[34]da oficial, apoderándose de él. Pudo Madero haber huido, pero en el momento en que salía del palacio se le ocurrió arengar a los soldados de la guardia. Enardecido por su propia oratoria, alargó el discurso, y los sublevados lo alcanzaron antes de que terminase de hablar.

Huerta se encargó a viva fuerza del poder ejecutivo, los parlamentarios reconocieron la usurpación; y como Madero encerrado en el piso bajo del palacio representaba un estorbo, lo mataron a balazos en compañía de Pino Suárez, vicepresidente de la República. Luego, por orden de Huerta, los dos cadáveres eran metidos en un carruaje como si fuesen dos presos vivos, para enviarlos a la penitenciaría. Durante el trayecto la escolta fingía ser atacada y los dos cadáveres eran arrojados a un lado del camino para hacer creer que habían sido muertos en el momento que huían.

De este modo pereció el apóstol.

Como Huerta contaba con el ejército regular, procedente de los tiempos de Díaz, dominó fácilmente la mayor parte del país. Casi todas las naciones civilizadas reconocieron al nuevo dictador. Únicamente la República de los Estados Unidos se negó a entrar en relaciones con este gobierno creado por la traición y el asesinato.

A pesar de que el triunfo de Huerta alegraba a los viejos amigos de su padre, viendo en él una resurrección del porfirismo, Medina se indignó por la muerte de Madero. Cuando Venustiano Carranza, el gobernador de la provincia de Coahuila, no quiso someterse a Huerta levantándose en armas contra los asesinos del presidente, Hernando pensó en unirse a él.

Haría la guerra, como la habían hecho sus antecesores, pero con una finalidad caballeresca; vengaría el asesinato de un hombre algo simple de espíritu pero bueno; expondría su vida por el triunfo de una verdadera revolución, distinta a todas las anteriores.

[35] Sus ideas habían cambiado al viajar por el país. Un sinnúmero de lecturas, hechas por pasatiempo en Europa y que consideraba olvidadas, habían vuelto a reanimarse en él, viendo de cerca la vida del mexicano pobre, unido para siempre a una tierra que no es suya.

La guerra contra los españoles por conquistar la independencia, la abolición de la esclavitud, las innumerables revoluciones políticas, le parecían ahora hermosas y patrióticas mentiras. Solo la clase elevada, los ricos, los blancos, se habían aprovechado de la independencia y de la libertad. Los indios y los mestizos de orden inferior seguían explotados como en los tiempos coloniales. Les pagaban salarios irrisorios y los retenían contra su voluntad en las haciendas, a veces por toda su vida. La deuda era su cadena. El matrimonio, el nacimiento de un hijo, el entierro de la esposa, les obligaban a

solicitar un préstamo, quedando para siempre prisioneros del libro de cuentas del mayordomo.

Medina intentó establecer reformas en las haciendas de su familia, teniendo que luchar para ello con la rutina de los viejos administradores avezados a la crueldad y con la extrañeza de los siervos rurales, inquietos y recelosos ante un bien inesperado. Además, ¿qué podía hacer él solo frente a todos los propietarios, empeñados en mantener el régimen tradicional?... Era necesaria una revolución, una verdadera revolución como nunca se había conocido en México, país de sublevaciones y revueltas.

—Yo soy socialista —decía Hernando—; y todos los que combaten ahora al gobierno lo son también. Vamos a hacer una revolución para los pobres.

Se marchó de Guadalajara con pretexto de vigilar una propiedad de su padre en el norte de México, vasta extensión de campos de pastoreo con numerosos ganados. Los enemigos del gobierno andaban por estas alturas tomando fuerzas, al amparo de la frontera de los Estados Unidos. El presidente Wilson protegía más o menos abiertamente a los vengadores de Madero. El «primer jefe», Carranza, había tenido que retirarse de su provincia para organizar la resistencia en el norte. Todos los insurrectos se decían socialistas y hablaban de repartir las tierras entre los pobres. Hasta [36] Carranza, propietario rural, viejo ranchero que no admitía bromas sobre el derecho de propiedad, participaba de este entusiasmo altruista. ¿Cómo podía Hernando sustraerse más tiempo a la corriente generosa que venía de la frontera?...

Un día distribuyó entre los trabajadores todo el maíz de su hacienda así como los bueyes y demás animales comestibles. Era llegada la hora del reparto social.

Los mejores caballos los guardó; caballos mexicanos de poca alzada, pero nerviosos y resistentes, acostumbrados a vivir al azar de sus correrías. Cada uno de ellos recibió en sus lomos un jinete y Medina se vio al frente de unos cuantos centenares de hombres, jornaleros de la hacienda o vagabundos de los alrededores, que parecían transfigurados. Ya no tenían el aire soñoliento ni los torpes ademanes de los días nefastos dedicados al trabajo. Iban a hacer la guerra, sin enterarse de a favor de quién. Eso era asunto del jefe. Ellos lo único que necesitaban saber era que marchaban contra el gobierno, como habían marchado sus padres y sus abuelos en todo un siglo, como tal vez marcharían sus hijos y sus nietos.

El coronel Medina se vio recibido con entusiasmo por los jefes insurrectos. La revolución era para acabar con la oligarquía de los ricos y hacer un nuevo reparto de la

propiedad; pero a pesar de esto Hernando fue admirado por ser hijo de un personaje del antiguo régimen y por las riquezas de su familia.

Se alarmó viendo la inconsciencia de los más de los sublevados. Hacían la guerra por creer que la guerra es el verdadero estado natural del hombre. Además pudo notar el ansia de goces de muchos de los que iban al frente... Pero su optimismo arguyó que así habían sido todas las revoluciones. Después del triunfo, cuando solo mandasen los seleccionados, los de puros deseos, el país recolectaría los frutos de su sacrificio.

Se batió contra las tropas del ejército regular al frente de unos grupos de peones a caballo, sin disciplina ni cohesión, a los que daban en el campo revolucionario el título de «regimiento». El arte de la guerra a estilo mexicano fue cosa fácil para él. Su padre había vivido como un personaje civil la mayor parte [37] de sus años; pero sus abuelos conservadores, que combatieron al lado de Miramón contra los generales de Juárez, parecían despertar en su interior para darle consejos, a pesar de que era un guerrero de la revolución y muchas veces colaboraba con antiguos bandoleros.

Hallándose un día en un pueblo del norte donde estaban instaladas las esposas e hijas de los principales insurrectos, con toda la impedimenta del llamado «ejército constitucionalista», el coronel experimentó una gran sorpresa.

Todos hablaban del avance de grandes fuerzas que Huerta había enviado contra ellos. Y cuando Hernando se disponía a incorporarse con su gente a la gran horda ecuestre que él llamaba «mi división», vio que una mujer sucia de polvo y montada en un caballejo le cerraba el paso. Llevaba el pelo cubierto con una mascada de color rojo y encima un sombrero de palma masculino. El busto lo abrigaba con una esclavina. Esta mujer le recordó a Lupe, tal como ella se había descrito cuando acompañaba a sus padres en los viajes de familia. Hasta pensó que sus guantes debían ser los de Salamanca, con el nombre bordado en un dorso y el apellido en otro. Pero esta no era una niña sino una buena moza de aspecto resuelto que venía indudablemente a juntarse con su revolucionario. ¡Pobre Guadalupe! ¿Pensaría aún en su novio?

Pero cuando la mujer cruzó su caballejo decididamente ante el coronel, este a impulsos de la sorpresa casi se arrojó de la silla.

—¡Tú!..., ¡tú!...

Sí, era ella. Guadalupe sonrió con aire de superioridad ante la admiración de su novio.

—¿No te dije que yo no dejo marcharse al que quiero?... ¿No te he repetido, no sé cuántas veces, que nunca te verás libre de mí, primoroso?

Medina había mentido al despedirse de ella, afirmando que iba a ver una hacienda de su familia cuando en realidad pensaba irse con los revolucionarios. Luego recibía Lupe una carta de explicaciones que no podían satisfacerla, y otras dos, más breves, traídas por agentes revolucionarios que de tarde en tarde pasaban por Guadalajara. [38] La pacífica y sonriente ciudad se mantenía reposadamente al margen de las agitaciones populares.

—¡Te has portado muy mal, rico! Pero no hablemos de eso: ya está olvidado.

Le pesaba la calma de la dulce tierra de Jalisco mientras su novio iba por el norte arrojando peligros de muerte; le enfurecía el sordo goce de sus amigas al creerla abandonada. Y un amanecer huía de casa de su tío, con el atrevimiento de la ignorancia y de la juventud. La niña del bondadoso señor Camargo, educada en un pueblo soñoliento, no reconocía obstáculos capaces de acobardar su voluntad. Con un pañuelo lleno de ropa por todo equipaje y unos cuantos pesos, tomó el tren, sin saber ciertamente a dónde iba. Al norte, siempre al norte, inventando toda clase de mentiras, con una seguridad femenil.

—Llevo no sé cuánto tiempo de viaje; dos o tres semanas; tal vez un mes. En México me recogió una pariente de mamá y le conté una historia para seguir adelante. Como no había trenes para el público, he viajado en trenes de tropas, las mismas que vienen contra vosotros. Le dije a un coronel viejo que yo era una «normalista», una estudiante de México que deseaba juntarme en Saltillo con mi familia, asustada por la revolución. ¡Y como no soy fea y sé hablar...! Te advierto, precioso, que me han salido muchos novios en el camino; ¡muchos!... Todos se interesaban por mí, ¡pero yo!... Tú me conoces bien. En fin, que cuando no pude encontrar más trenes, busqué a un amigo de Carranza y le dije que yo era la mujer del coronel Medina y necesitaba juntarme con él. El buen señor me entregó a unos arrieros y llevo no sé cuántos días de camino, tragando tierra..., y aquí estoy.

Hernando protestó, molesto y satisfecho a la vez por esta audacia. ¿Qué iba a hacer entre hombres dedicados a la guerra?... Pero Lupe contestó con tranquilidad:

—Haré lo que hacen las otras. ¿No hay aquí muchas mujeres?... ¿Cuándo se ha visto en México que los hombres vayan a la guerra solos? Seré tu soldadera. Nada me importa ir entre hombres como la Malinche.

[39] Muchas veces en sus conversaciones amorosas se habían ocupado de la Malinche. Don Joaquín, para que no se olvidase la nobleza de sus abuelos coloniales, puso a su hijo el nombre de Hernando, nombre de conquistador que evocaba la figura de

Cortés. Y los dos novios, al hablar de Hernán Cortés, hacían memoria de doña Marina, la india que le acompañó en su conquista y le sirvió de intérprete, librándole de muchos peligros. Los indígenas llamaban a doña Marina la Malinche.

Lupe había sentido desde su infancia un interés novelesco por esta mujer enérgica, que pasó gran parte de su vida entre soldados.

—Yo seré tu Malinche. Verás cómo te va conmigo tan bien como le fue al otro Hernando con la india.

Intentó Medina dejarla con las demás esposas de los revolucionarios importantes, en la población que les servía de base de operaciones. Las matronas ya entradas en años acariciaban a esta jovencita creyéndola recién casada. Sentían por ella gran afición, a causa de su fuga y las aventuras de su viaje. Pero la Malinche se escapaba, siguiendo a la tropa de Hernando en sus correrías.

—¿No soy tu soldadera? ¿No soy tu «galleta»?... ¿Por qué me dejas en el pueblo como una de esas señoras gordas incapaces de hacer unas cuantas horas de jornada, ni a pie ni a caballo?

Precisamente las soldaderas eran la preocupación del coronel Medina. Acostumbrado a los ejércitos europeos, abominaba de estas auxiliares tradicionales de las tropas mexicanas. Pero sus órdenes para disolver el segundo regimiento de hembras que marchaba detrás de su regimiento de hombres resultaban tan inútiles como las disposiciones que había adoptado en sus haciendas, queriendo suprimir la desigualdad social.

El mexicano pobre va a todas partes con su mujer, hasta a la guerra. Lo mismo los defensores del gobierno que los revolucionarios llevaban con ellos a sus hembras apodadas soldaderas. Eran las encargadas de suplir la carencia de administración militar, cuidando cada una de la manutención de su hombre. Durante las marchas iban en vanguardia, rodeadas de enjambres de hijos y con las ropas de la familia formando un lío sobre su cabeza.

[40] Lo robaban todo; arrasaban los campos como una nube de langosta, y cuando las tropas hacían alto encontraban ya las hogueras ardiendo y la comida en su punto. Los primeros contactos de un bando con otro los realizaban casi siempre las dos vanguardias de soldaderas. Olvidando momentáneamente su antagonismo, se vendían entre ellas lo que consideraban superfluo. El soldado del gobierno por mediación de su compañera facilitaba víveres al rebelde. Otras veces ocurría lo contrario.

La moneda carecía siempre de valor en estos tratos. El bando falto de municiones solo quería vender su pan a cambio de cartuchos, y el que los tenía, los entregaba, ansioso de comer, sin fijarse en que horas después estos mismos proyectiles podían darle la muerte.

Al entablarse el combate las soldaderas y sus hijos quedaban a retaguardia. Otras veces, en momentos angustiosos, la hembra se mezclaba en la pelea para sostener a su hombre herido o seguir tirando con su fusil.

Hernando perseguía incesantemente a estas mujeres de tez amarillenta y ojos ardorosos, extremadamente flacas, prohibiendo que marchasen a la cola de su tropa. El regimiento después de esto avanzaba solo: no se distinguía un ser humano en toda la extensión de la llanura infinita. Y, sin embargo, al llegar la noche, el coronel veía aparecer en el lugar de su acampamiento, lo mismo que si las vomitase la tierra, a todas las soldaderas, apodadas también «galletas», con sus nidadas de pequeñuelos.

Acogían con una resistencia pasiva los gritos del jefe, desapareciendo para volver a aparecer. Los soldados levantaban los hombros con cierta lástima por las intransigencias de Hernando. Bien se veía que estaba educado en Europa. ¿Cómo puede batirse el buen mexicano sin que una mujer le procure la comida y lo recoja del suelo al caer herido, curándole con los remedios naturales que se comunican unas a otras?...

Los mismos hombres de Medina favorecían a Lupe, cuando esta desobedeciendo sus órdenes abandonaba el acantonamiento. Al frente de las soldaderas iba siguiend[41]do durante la primera jornada la marcha de la columna, y al llegar la noche Hernando la veía aparecer a la luz de las hogueras.

—Aquí estamos todos, mi coronel... Y ahora platiquemos un poco, pero sin enfadarse.

Finalmente tuvo que transigir Medina. Lupe marchó a caballo al frente de la columna, mientras las soldaderas formaban las alas exploradoras o iban de extrema avanzada, robando y talando. El regimiento comió mejor; los hombres se mostraron más alegres: hasta Hernando se creía capaz de mayores empresas después de las noches a campo raso o en una hacienda abandonada, que ya no transcurrían entre hombres solos.

En unos de estos momentos de confianza y entusiasmo fue cuando su división se lanzó a tomar Matamoros, pequeña ciudad situada en la orilla mexicana del río Bravo, cuya ribera opuesta forma la frontera de los Estados Unidos. Los revolucionarios necesitaban apoderarse de su puerto fluvial para ponerse en comunicación con el inmediato golfo de México y los puertos de Galveston y Nueva Orleans.

Matamoros estaba bien defendida por las tropas del gobierno. Un ancho foso alimentado por las aguas del río la ponía a cubierto de un golpe de mano.

Los sitiadores se lanzaron muchas veces al asalto durante dos días, sin conseguir ventajas.

En el ejército revolucionario los generales servían para indicar únicamente el objetivo de la operación. Después cada jefe atacaba con su tropa como le parecía más oportuno o se mantenía prudentemente a distancia sin hacer nada. Era cuestión de pundonor.

Medina fue el más audaz. Por primera vez tomaba parte en una verdadera operación militar. Esto ya no era una lucha de guerrillas. Embistió la plaza por un sitio que consideraba favorable y al segundo día de combate consiguió salvar el foso sobre varios puentes de troncos, entrando en la población. Pero los defensores concentraron sobre su columna todo el fuego de sus fusiles y ametralladoras [42] deshaciéndola en poco tiempo.

Un clamor trágico de plañideras se elevó entre los árboles de un bosque cercano. Las «galletas» salieron desesperadas al encuentro de sus hombres que retrocedían. Eran pocos los que estaban incólumes y podían detenerse serenamente en su retirada para disparar el rifle contra el enemigo vencedor. Los más de ellos volvían rojos de sangre y caminaban tambaleándose. Faltaban muchos que habían quedado tendidos junto al foso.

La Malinche levantó los brazos al reconocer a Hernando. Parecía otro hombre. Estaba pálido, con una palidez amarillenta de cirio; tenía los ojos desmesuradamente abiertos; caminaba como si estuviese ebrio. La frente la tenía manchada de sangre; sus manos parecían enfundadas en guantes rojos; una banda escarlata le salía de un costado, renovándose incesantemente a lo largo de la pierna.

—No es nada —dijo, intentando una sonrisa que fue una mueca—. ¡No es nada!...

Inmediatamente se doblaron sus rodillas y ella tuvo que sostenerlo para que no se tendiera en el polvo.

Quedó sentada en un tronco, manteniendo al herido sobre sus rodillas, como había visto a la Virgen en los altares, con su hijo muerto en el regazo.

—Hernando..., vida mía..., ¡no te mueras!

Le hablaba como si pudiese oírla, deseando que volviera a abrir los ojos, asustada por su respiración trabajosa, igual a la de un agonizante.

¡Ay! ¿Y esto era la guerra?... ¡Ella que hasta entonces la había considerado como una alegre aventura juvenil!...

Ninguna de las soldaderas se fijaba en la Malinche ni en el jefe moribundo. Todas atendían a su hombre herido, o se arrastraban entre los cadáveres y los tiradores arrodillados, para ver si su compañero estaba vivo o muerto.

Los lamentos se trocaron de pronto en alaridos de cólera:

—¡Cobardes!... ¡Canallas!... ¡No sois hombres!...

La Malinche vio cómo corrían algunas hacia un bosquecillo cercano. Otras las siguieron, atravesando un gran espacio descubierto, sin miedo a las descargas de los defensores de la ciudad. Todas gritaban levantando sus manos crispadas.

Iban hacia un regimiento que se había unido a los revolucionarios algunos días antes. Era el mejor armado y equipado de todos. Su coronel, un rancharo rico, lanzado a la aventura revolucionaria para que hablasen de él, se mostraba orgulloso de su tropa. Pero desde que empezó el ataque contra Matamoro se mantuvo apartado, no queriendo exponer a su regimiento en esta aventura loca. Lo cuidaba como un objeto de rico cristal; lo amaba como una joya preciosa y frágil.

Él podía hacer lo que le diese la gana; para eso era coronel y había formado esta tropa a sus expensas. En uso de su autonomía de ciudadano no quería atacar y nadie podía obligarle. «¡O hay libertad o no la hay!»

Los insultos de las soldaderas se habían dirigido primeramente a los hombres que descansaban tranquilamente tendidos en el suelo, viendo cómo se batían y morían sus camaradas. Luego se concentraron sobre el imponente coronel. Aullaban como apariciones infernales, deshechos los pelos aceitosos y polvorientos, ardorosas las pupilas. Una pedrada salida de estos grupos indignó al rico personaje.

—¿Hasta cuándo vais a gritar, piojosas?... ¡Marchaos o...!

Pero cuando se dirigía hacia ellas, con aire amenazador, vio algo que le hizo detenerse.

La Malinche se encontró, sin saber cómo, entre las soldaderas. Había abandonado a Hernando moribundo. Adivinaba que debía hacer algo más importante que tenerle en sus brazos, y se dejó llevar por el instinto.

—Coronel, ataque usted. Ayude a los nuestros. Usted es un hombre y no puede...

Pero la gritadera de las mujeres de su columna ahogó su voz. Todas estaban allí y rodeaban al regimiento, incólume y brillante, con su agresividad vengadora.

—¡Atacad, cobardes!... No sois hombres; sois mujeres... Mujeres, no; [44] nosotras valemos más... ¡Sinvergüenzas!

Empezaron a llover piedras sobre los varones en descanso. Los insultos aún eran peores para ellos que las pedradas. Y lo más desconcertante fue ver que sus soldaderas se mantenían apartadas, aprobando con su silencio la indignación de las otras, y poco a poco acabaron por unirse a sus agresiones.

El coronel dio orden para que montasen a caballo unos cuantos guerrilleros y cargasen contra la canalla femenil. Pero Lupe seguía ante él, con los brazos cruzados, mirándole lo mismo que si quisiera fulminarle con los ojos.

—Me voy a quitar mi enagua y se la voy a meter por la cabeza. Es el único traje que usted merece...

Y añadió una palabra soez poniendo en duda el sexo del coronel; una palabra aprendida en la vida de campamento que aún resultaba más extraordinaria saliendo de sus labios.

Las mujeres desgñadas se impresionaron con esta amenaza, poniéndola en ejecución. Ondearon sobre sus cabezas muchas enaguas de dudosa blancura, polvorientas y manchadas como banderas. Pugnaban por aprisionar en sus aberturas a los hombres más cercanos que retrocedían lanzando blasfemias. Todo el regimiento estaba ahora de pie, con el fusil en la mano, temblando de cólera bajo esta avalancha de insultos.

Una pedrada ladeó el sombrero del jefe, y este introdujo una mano por debajo del ala para rascarse la cabeza.

De pronto ya no hubo jefe. Por uno de esos misteriosos impulsos que agitan a las muchedumbres, toda la masa de hombres, sombríos y avergonzados, con su orla de mujeres vociferantes, echó a correr hacia la ciudad.

La Malinche iba al frente. Solo podían verla los que marchaban junto a ella y sin embargo todos la veían. Su voz quedaba sofocada por el tumulto de tantas voces y rugidos.

—¡Adelante!... ¡Venganza! —gritaba la hija del señor Camargo—. ¡Han matado a mi Hernando! ¡Han matado a mi hombre!...

[45] Y todos la oían sin oírla. Era el alma de esta masa ciega y arrolladora, que seguía adelante, siempre adelante, a través de las descargas de los contrarios, dejando un rastro de heridos y de muertos.

Así se apoderaron los revolucionarios de la plaza. En menos de una hora consiguieron lo que no habían podido lograr en dos días de continuos asaltos.

Desde entonces Guadalupe fue llamada por los soldados la Coronela de Matamoros.

En la misma ciudad curó Medina de sus heridas.

Y cuando después de una larga convalecencia se sintió fuerte y dispuesto a continuar la guerra, el coronel y la coronela se casaron.

[46] III  
Pancho Villa

Fueron avanzando los insurrectos desde las provincias del norte a la capital de México.

El ejército regular, armado a la europea, con oficiales profesionales y numerosa artillería, era arrollado por las hordas interminables de la revolución.

Los jinetes andrajosos, con gran sombrero, lazo enrollado en la silla y el fusil apoyado en un muslo, representaban la guerra a la mexicana. Los hombres con quepis y uniforme que iban a pie copiando las maniobras y sistemas de ataque de los ejércitos modernos eran lo artificial, lo exótico que se deshacía al primer choque con inusitada rapidez.

Estas tropas revolucionarias se movían con ligereza. No podían considerarse como fuerzas de caballería a pesar de que todos los hombres iban montados. Les faltaban armas blancas para dar una verdadera carga. Eran infantes que echaban pie a tierra en el momento de empezar el fuego contra el enemigo. Hasta los generales llevaban el rifle sobre el arzón de la silla.

La única infantería se componía de yaquis, indios montañeses del norte que no habían querido aprender de los conquistadores españoles el arte de cabalgar y mostraban ante el caballo cierta repugnancia supersticiosa. Estos yaquis habían sido siempre enemigos de los gobiernos, pero su odio resultaba mayor desde que Porfirio Díaz cometió el sacrilegio de implantar en sus tierras el telégrafo y el ferrocarril. Se dejaban convencer fácilmente por los revolucionarios con la esperanza de que estos les librarían de unas innovaciones tan vergonzosas.

En los combates resultaban los únicos que se batían avanzando, hasta llegar al cuerpo a cuerpo. Eran además temibles tiradores que sabían disimularse astutamente ante el fusil enemigo. En las acciones largas agujereaban el suelo para agazaparse, lo mismo que en una trinchera. El sombrero lo arrojaban a distancia, al extremo de un hilo para moverlo de vez en cuando. Así, engañados los de enfrente, apuntaban al sombrero, mientras su dueño seguía disparando unos metros más allá.

[47] La muchedumbre montada, al emprender su marcha poco después de amanecer, veía a los yaquis tranquilos en su campamento como si no pensasen moverse de él. Luego, al cerrar la noche, cuando después de una larga jornada se detenían para dormir, encontraban acampados a los mismos indios en el lugar designado de antemano,

sin fatiga aparente, como si hubiesen llegado en volandas. Puestos en cuclillas escuchaban con una atención religiosa el repiqueteo de los tamborcillos que sus jefes llevaban pendientes de las muñecas; instrumentos empleados a la vez en sus fiestas y en la transmisión de órdenes.

Hernando conocía el principal deseo de muchos jefes revolucionarios, amigos suyos.

—¡Si pudiese robar un automóvil para mi vieja!...

La vieja era la esposa y las más de las veces no tenía veinticinco años. Este deseo marital resultaba de fácil realización.

Abundaban los automóviles en un país vecino a los Estados Unidos y con la frontera libre. La importancia de los jefes se medía por el número de vehículos que llevaban detrás de ellos. Coronelas y generalas seguían a sus hombres instaladas en automóviles americanos. Su adquisición solo había costado dos palabras breves y el apoyar un revólver en el pecho de su primitivo dueño.

Un mestizo, descalzo y con enorme sombrero, llevando el rifle entre las dos manos fijas en el volante, guiaba el carruaje. Dentro iba la generala y toda su casa: un lío de colchones, dos sacos de ropa sucia, una criadita de ojos achinados acurrucada a sus pies entre los cacharros de cocina, tres gatos, un perro sentado junto a la señora y un loro sobre la capota recogida, sirviendo de remate.

Todos los automóviles habían olvidado su limpieza original. La lluvia y el barro cubrían su exterior con una costra parda y agrietada. Parecían forrados en piel de elefante. Algunos se limitaban a emitir un estrépito de ferretería vieja por la falta de aceite y de aseo. Otros tenían un muelle roto y saltaban sobre sus ruedas para acostarse como una barca próxima a zozobrar. Siempre se inclinaban del lado donde acostumbraba a sentarse la generala o la ministra, durante meses y [48] meses, con toda la abrumadora majestad de su centenar de kilos carnales.

Muchas veces al rozarse dos vehículos cargados igualmente de colchones, cuadrúpedos, aves y chiquillos, las respetables matronas empezaban a insultarse, creyendo cada una que la otra quería pasar adelante solo por humillarla. Salían a la luz todas las cosas del pasado: las aventuras amorosas de sus madres y abuelas, la vergonzosa mocedad de sus tías... Hasta que, avisados del incidente, los maridos acudían a todo galope para meter sus caballos entre ambas furias.

Los ejércitos de la revolución marchaban con arreglo a las exigencias topográficas, unas veces en columna que se prolongaba leguas y leguas; otras en masa

horizontal, a través de las llanuras infinitas, llevando en torno un segundo ejército de soldaderas y chiquillos. Medina pensaba que así habían avanzado en otros siglos por los campos de Europa las grandes invasiones históricas. Marchaban como los antiguos pueblos emigrantes y guerreros, llevando a la cola los seres débiles y los muebles, para improvisar una vida de familia a cada alto de su incesante éxodo.

Algunas veces llegaban a ser veinte mil combatientes todos a caballo, sin medicamentos, sin víveres, confiando al azar la vida de mañana.

Los oficiales jóvenes sin soldadera ni esposa iban como mendigos en busca de cualquiera de sus hombres, cuando la columna descansaba.

—¿Tienes algo de comer?

—No, mi jefe, pero ahorita mismo volverá la india.

La india era otro apodo de la soldadera. Y siempre volvía con algo robado, para aplacar el hambre del hombre y de su oficial.

No había más que curanderos, y estos carecían a los pocos días de marcha de los medicamentos más elementales. Los heridos quedaban abandonados, si es que no podían sostenerse sobre su montura. Cada combatiente hacía la misma recomendación al camarada:

—Si me hieren en el pecho o en el vientre, dame un tiro en la cabeza, hermano. Yo haré lo mismo por ti.

A pesar de la vida dura, los hombres se mostraban alegres. Hacer la guerra va[49]lía más que trabajar en una hacienda o en los tugurios de una ciudad. Podían pegar a las gentes y darse el gusto de destruir sin miedo a responsabilidades. Veían con frecuencia la muerte de cerca; se apoderaban de lo que les gustaba si es que a otros no les había gustado antes; poseían un caballo, un fusil y cambiaban con frecuencia de mujer. ¿Qué más puede desear un hombre?...

Además tenían la guitarra. En cada grupo de hombres se encontraba siempre un improvisador, el poeta de las noches al raso que llevaba la guitarra pendiente de la silla. Este instrumento era como una bandera; todos cuidaban de su integridad y de que no se extraviase. Un balazo en ella lo sentían tanto como en la propia piel.

El vate del grupo, a la luz de las estrellas y entre los camaradas acurrucados, cantaba La Valentina, simple canción a una mujer que era, sin embargo, como la Marsellesa de los revolucionarios mexicanos.

Valentina, Valentina,  
rendido estoy a tus pies.

Si me han de matar mañana,  
que me maten de una vez.

Y los oyentes repetían con fruición los últimos versos que condensaban su fatalismo sonriente y resignado.

Tenían también el pulque que da una embriaguez batalladora, y la marihuana, el opio mexicano, trabajo que a la tercera chupada proporciona inauditas visiones y da a sus fumadores una agilidad simiesca.

Como Medina después de su hazaña de Matamoros había ascendido a general y mandaba una brigada, tenía bajo sus órdenes nuevos grupos de hombres además de la primitiva fuerza organizada en su hacienda.

Eran inútiles todas sus órdenes para dar a estas tropas un carácter regular y que no resultasen un azote sobre las tierras por donde pasaban. Algunos de sus oficiales, maestros de escuela, empleadillos y periodistas de provincia, hablaban gravemente de los «sacrosantos principios de la revolución» y hacían la guerra por generosos ideales. Pero los demás combatían como el que ejerce una industria, ponían a [50] rédito su sangre con la esperanza de una ganancia usuraria, o simplemente se habían incorporado a los revolucionarios porque no tenían nada mejor que hacer.

A veces Hernando se sentía atraído por el aspecto bonachón de alguno de sus hombres:

—¿Y tú, porqué estás aquí siendo ya tan viejo?

—General, yo vivía tranquilamente en mi casita. Se llevaron mi caballo, se llevaron mi vaca y yo les dije: «Ya que me dejan sin nada, denme un rifle y me iré con ustedes»... Y aquí estoy con la vieja.

La vieja era soldadera y él un revolucionario más, dispuesto a quitarle el caballo y la vaca a otro infeliz que, a su vez, se vería obligado a dedicarse a la guerra.

Muchos de estos hombres que mataban o morían impasiblemente, como si cumpliesen una función ordinaria, eran de una ingenuidad desconcertante.

En mitad de los combates los había que presentaban su fusil queriendo retirarse.

—Ya he disparado toditos mis cien cartuchos, capitán. Ahora que trabaje otro.

Los había también que repentinamente mostraban deseos de volverse a sus casas. Ya habían trabajado bastante por la revolución. Y como la autonomía de un ciudadano es sagrada, los jefes les dejaban irse, llevándose además como recuerdo su fusil. Una industria fructuosa acababa de atraerles. Se quedaban en pequeños grupos a

retaguardia de las tropas de la revolución para ser bandoleros. Pero con frecuencia volvían a incorporarse a su columna.

—¿Te ha ido mal el negocio? —preguntaba algún oficial con tono burlón, conociendo lo que significaban estos viajes.

Y el otro se encogía de hombros. Era inútil buscar «trabajo» a espaldas del ejército revolucionario. No dejaba nada. Imposible ser ladrón fuera de él.

Un día se presentaron a Hernando varios combatientes de fama terrible que se aprovechaban de la guerra para continuar su vida de bandidos.

—¿Pero ustedes no estaban con los del gobierno?

—Sí, mi general —contestaba el jefe—, estuvimos con los federales mientras ellos los perseguían a ustedes. Pero como ahora son ustedes los que persiguen, venimos a ofrecernos. Hay que ir siempre con el que pega.

Los más de los revolucionarios llevaban en el sombrero una estampa de la Virgen de Guadalupe, lo que no les impedía ser enemigos de la religión y sus ministros. Cuando no encontraban en los pueblos algún amigo del gobierno a quien matar, se dirigían a la iglesia.

—¡Fusilemos a los santos!

Los santos siempre habían sido amigos de los ricos. Y sacaban las imágenes a la plaza para romperlas a balazos. Dios era una cosa y la Virgen de Guadalupe otra cosa.

La mujer de Medina siguió siendo la Coronela a pesar de que su marido era ahora general. Los combatientes más antiguos, al verla durante las marchas, a caballo como un hombre o en un automóvil obtenido legalmente, decían a los recién llegados:

—Esa es la heroína de Matamoros. Hay que haber visto a la Coronela como la vi yo dirigiendo el famoso asalto.

Ahora eran miles y miles los que la habían seguido en aquel ataque, marchando junto a sus faldas. Las soldaderas veían en ella a una gloria de su sexo colocándola al nivel de los primeros caudillos revolucionarios. Los jefes le daban siempre la razón cuando tenía alguna disputa durante las marchas con las otras generalas. Ella era una combatiente, una compañera de armas, y estaba por encima de las otras mujeres, gordas aves domésticas que seguían las aventureras tropas de la revolución para escarbar con el pico el terreno de la lucha, buscando los residuos de la victoria.

Además, su amor por Hernando, la pulcritud de sus maneras cuando no andaba entre soldados, el aire de señorita provinciana que volvía a tomar en los acantonamientos, inspiraban cierta simpatía respetuosa a unos hombres que estaban

acostumbrados a tratar sin miramiento alguno las mujeres y las propiedades de los demás.

En esta época fue cuando Medina se sintió atraído por el afecto silencioso [52] de uno de los oficiales de su brigada, el comandante Martín Lima. Era un mestizo joven que había vivido como modesto empleado del fisco en una provincia lejana, durante los últimos años del gobierno de Díaz, lanzándose luego a la revolución con verdadero entusiasmo. No peleaba por ascender en rango social. Había tomado en serio su misión de reformador armado, y deseaba el exterminio de todos los que se opusieran a la felicidad de los de abajo, confundiendo dos regeneraciones: la del indio y la del proletario. Los dos debían elevarse con esta revolución sobre sus antiguos opresores.

Hernando admiraba la fe del humilde empleadillo cobrizo.

—El mundo entero tendrá que aprender de la revolución mexicana —decía con arrogancia—. Vamos a suprimir la propiedad, a establecer el comunismo. Lo que no han sabido hacer nunca los blancos de Europa, lo haremos nosotros, los hijos de América.

Se mostraba satisfecho de sus orígenes étnicos. Consideraba como una degeneración el que por obra de ciertos abuelos españoles se hubieran disminuido sus pómulos, y su rostro fuese de una palidez avellanada, en vez de ser francamente cobrizo. Pero aún conservaba los ojos de corte oblicuo, que unas veces brillaban con el lagrimeo humilde de los venados y otras con un resplandor agresivo. Para establecer una relación más estrecha con sus remotos antepasados, los pelos de su rostro, lacios y gruesos, los había distribuido formando un escaso bigote y una larga perilla, tal como había visto representado a Guatemoc, el último emperador mexicano, por pintores que nunca le conocieron.

—Tú debes descender de algún conquistador —le dijo un día Hernando—. Ese nombre de Lima huele a compañero de Cortés.

—No —dijo con orgullo—, mis abuelos fueron indudablemente esclavos. El apellido Lima debió ser el de su dueño.

Se había casado con una de su raza que permanecía allá en la provincia. Tenían un hijo al que había dado el nombre de Guatemoc Victoria.

—Solo cuenta cinco años, pero ¿quién sabe si algún día continuará nuestra historia nacional donde quedó cortada por el triunfo de los conquistadores español[53]les? No será un emperador. Deseo verle presidente de la gran democracia indoamericana. Porque nosotros los mexicanos tenemos la misión de regenerar a los demás países de América, dominados por los blancos.

—¿Y yo? —preguntaba Medina riendo— ¿Qué suerte será la mía en esa república a lo azteca, gobernada por tu Guatemoc?

—¡Oh! Tú eres bueno. Allí donde estéis, tú y tu mujer, os adorarán todos.

Lima admiraba a su general, demostrando este afecto con sus actos más que con sus palabras. Pero de tal admiración correspondía una gran parte a la Malinche. En su presencia el comandante mestizo permanecía silencioso, mirándola fijamente con sus ojos empañados de rumiante humilde.

Los compañeros de armas reían de esta admiración muda. El pobre Lima estaba enamorado de la mujer del general. Hernando también lo creía así. Pero ni a él ni a los otros se les ocurrían malos pensamientos. Era la adoración del indio por la imagen milagrosa. Solo deseaba servirla; sentir el peso de su superioridad; obedecer sus órdenes. Reconocía que Hernando era superior a él por su educación y encontraba lógico que poseyese a esta mujer extraordinaria. Él se contentaba con la sonrisa de los dos y con que le dejaran vivir en torno de ellos, lo mismo que un animal doméstico.

Esta amistad fue estrechándose con el transcurso de unos meses que equivalían a largos años. Los combates eran frecuentes. Lima estaba dispuesto a morir por su general y esto le permitía prestar a Hernando numerosos servicios. La Malinche se consideraba más tranquila al pensar que Martín iba al lado de su marido.

La muerte acompañaba con tenacidad el avance de los revolucionarios. Ni un día dejaba de presentarse. Los choques eran sangrientos y disparatados. Las llamadas batallas resultaban más bien riñas entre miles y miles de hombres; choques de masas realizados al azar, siguiendo órdenes mal pensadas y peor comprendidas, u obedeciendo al instinto de cada jefe de grupo. Pero esto no impedía que la mortandad fuese enorme. Los combatientes no tenían otra idea que disparar el mayor número de cartuchos, y al final quedaba vencedor el que podía hacer fuego media hora más.

Los «soldados de la tiranía», o sea los de Huerta, a pesar de que eran el [54] ejército regular, andaban escasos de municiones. El gobierno de los Estados Unidos impedía la entrada de material de guerra para el Gobierno, al mismo tiempo que dejaba abastecer a los revolucionarios con toda libertad en sus propios territorios. Su marinería de desembarco acabó por apoderarse del puerto de Veracruz cerrando a Huerta el único camino para recibir municiones de Europa.

Después de esto la victoria avanzó incesantemente al lado de los revolucionarios. No solo tenían municiones abundantes: poseían cañones, muchos

cañones tomados a las tropas federales y los hacían funcionar sin miedo a que sus arzones quedasen vacíos.

El respeto por el cañón era tradicional entre las muchedumbres armadas de México. Al iniciarse la guerra por la independencia, las masas de indios mal armados que seguían a Hidalgo y otros curas patriotas solo se preocupaban de los cañones tomados a los españoles. Ni sabían dispararlos ni tenían municiones. Pero los llevaban por montes y barrancos como los santos de una procesión, siendo muchas veces alcanzados y batidos por la tenacidad en conservar estos ídolos de hierro.

Ahora los revolucionarios mostraban la misma devoción supersticiosa por la artillería. Cada muchedumbre a caballo se consideraba fuerte según el número de cañones que rodeaban a continuación de su trote. Al entablarse un combate, los hombres disparaban su fusil con más seguridad si oían a sus espaldas las explosiones de la artillería. Cuantos más cañonazos, más seguro consideraban el triunfo.

Un oficial alemán que seguía como aficionado esta campaña de guerrilleros galopaba en busca del caudillo, director de un combate.

—General —decía con indignación—, los artilleros no se toman el trabajo de apuntar: tiran al aire. Solo desean hacer ruido.

Y el general que pasaba por ser el primer estratega entre los suyos guiñaba un ojo maliciosamente.

—Déjelos, de todos modos hacen su papel. La artillería únicamente sirve para asustar pendejos.

Medina estaba convencido de que todos sus camaradas de generalato sabían menos [55] que un capitán de otros ejércitos. También creía que ninguno de ellos era capaz de mandar una compañía en Europa.

El único organizador era un instintivo, un ignorante, un bandolero: el famoso Pancho Villa. No podía ser considerado como un verdadero general, pero era un hombre de guerra.

Hernando deseaba conocerlo de cerca. Al principio de la revolución se sintió repelido por los orígenes de este personaje. Su verdadero nombre era Doroteo Arango, pero al dedicarse a ladrón de caminos lo cambió por el de Francisco Villa. De muchacho había sido ratero en su pueblo, hiriendo de muerte a un señorito de su misma edad que andaba en amoríos con cierta muchacha de su familia. Los gendarmes del tiempo de Díaz, llamados «rurales», se lo llevaban en conducción por los caminos. Esto equivalía a la muerte. Al llegar a un sitio desierto, los rurales invitaban a los presos a que se

paseasen un poco o les daban permiso para beber en una fuente inmediata. Apenas se alejaban hacían fuego sobre ellos, justificando luego su muerte con el pretexto de que habían querido escaparse. A esto le llamaba la gente aplicar «la ley de fuga».

El jefe de los rurales, durante un descanso, invitó al pequeño Arango a beber en una charca próxima, pero el adolescente que sabía lo que esto significaba no aceptó la invitación.

—Si ha de matarme usted, hágalo aquí mismo, sin necesidad de comedias.

Seducido por la entereza del adolescente el jefe lo dejó escapar. Gracias a esta generosidad, la futura revolución mexicana no perdió prematuramente el más famoso de sus héroes.

Fue ladrón en los caminos a las órdenes de un bandolero célebre; luego, con varios camaradas, se dedicó al abigeato, robando vacas en los ranchos. Como resultaba difícil llevar hasta la frontera de los Estados Unidos los rebaños ajenos, establecieron saladeros en lugares desiertos haciendo cecina con las carnes sacrificadas para venderla en el país.

Al sublevarse Madero, él fue de los primeros en ofrecerse, con un grupo de [56] jinetes. Pero don Porfirio abdicó pronto, la campaña fue corta, y Villa no pudo desarrollar sus cualidades de guerrillero, obteniendo solamente el grado de teniente coronel.

El romántico madero que desea regenerar a todos los que se le aproximaban, sermoneó después de la victoria a este desalmado. Para que cambiase de existencia le dio un pequeño capital y muchos consejos. Debía dedicarse a la agricultura en su pueblo. Lo pasado quedaría en el olvido...

Pero para que este hombre de presa viviese en paz era necesario que el país permaneciese igualmente tranquilo, y a los pocos meses empezaron en el norte las sublevaciones contra Madero. Volvió Villa a hacer la guerra en defensa de su protector, pero unido como auxiliar a las tropas del gobierno y teniendo que someterse a la disciplina de un ejército civilizado.

No tardó en violentarla. Villa amaba sobre todas las cosas de este mundo los caballos y las mujeres. El dinero lo apreciaba menos, viendo en él nada más que un medio para someter a los hombres. Se apoderó tranquilamente en sus correrías de cuantas hembras y animales fueron de su gusto, y quedó asombrado al ver que el general en jefe le condenaba al fusilamiento.

Este general era Huerta, el mismo que meses después iba a traicionar y asesinar a Madero. Sentía un odio irreflexivo contra Villa; tal vez su instinto le avisaba que este rústico iba a ser su mayor adversario; tal vez era simplemente la aversión del militar profesional hacia el guerrillero bandido.

Lo tenían arrodillado en el patio de un cuartel ante los fusiles del piquete encargado de su ejecución, cuando intervino un hermano de Madero para salvarle la existencia. Si tarda unos minutos, México pierde a Villa.

Fue trasladado a la penitenciaría de la capital, y tales eran sus pecados que el presidente no quiso repetir sus funciones de misionero y lo olvidó en un calabozo, juzgándolo incorregible.

Pero Villa pudo fugarse y se fue a las provincias fronterizas, terreno de sus hazañas como bandido y como guerrero. Estando allí llegaron las noticias de la [57] traición de Huerta y el asesinato del presidente.

A partir de este momento empezó su verdadera historia. Sin ponerse de acuerdo con las demás gentes que combatían al «gobierno usurpador» pudo organizar un verdadero ejército. Todos iban a él. Sus victorias y la celebridad de su nombre crecieron milagrosamente. La revolución a las pocas semanas fue Pancho Villa. Los otros caudillos resultaban secundarios.

Una audacia de suicida parecía guiarle en sus acciones temerarias. Estas terminaban siempre favorablemente, con una buena suerte absurda. Además contaba con la superioridad de un exacto conocimiento del terreno, recorrido en su época de bandidaje. Las tropas regulares parecían no tener otra misión que dejarse sorprender y derrotar por este guerrillero.

Una táctica bárbara deshacía todas las combinaciones de los generales de carrera. Contra los cañones y ametralladoras del ejército atrincherado cargaba al frente de ocho mil jinetes. Cuando sus masas quedaban desbaratadas por el fuego mortífero, las rehacía y cargaba otra vez... Y luego otra vez... Hasta que al fin, dejando la llanura abullonada por los hombres y los caballos muertos, conseguía poner en fuga al enemigo.

Sus atrevimientos iban más allá de lo que podía prever un adversario, por astuto que fuese. Un día metió todas sus fuerzas en un tren, dirigiéndose hacia una ciudad del norte ocupada por las tropas gubernamentales y fortificada de tal modo que era imposible tomarla a pecho descubierto. Él mismo iba a meterse en la ratonera.

En cada estación saltaba del tren, y revólver en mano hacía que el telegrafista enviara un despacho al jefe de dicha ciudad, anunciándole el paso de una columna de

refuerzo enviada por el gobierno. Luego rompía el aparato telegráfico y para evitar una recomposición posible se llevaba preso al telegrafista.

Así fue de estación en estación transmitiendo avisos del paso de la columna auxiliadora, rompiendo aparatos y llevándose prisioneros a los telegrafistas. El jefe de la ciudad hacía mucho tiempo que pedía refuerzos al gobierno, por estar enclavada [58] la plaza en territorios dominados por los revolucionarios. Por esto su satisfacción fue tan grande, que comunicó los despachos al vecindario para restablecer la confianza pública.

A las diez de la noche el tren de auxilio atravesó las fortificaciones sin encontrar obstáculo alguno. En la estación aguardaban los partidarios del gobierno deseosos de aplaudir a las tropas y algunos oficiales enviados por el comandante general para proveer el alojamiento de los recién llegados. Todos huyeron al oír en los andenes los primeros disparos y los vivas a Villa. Este que conocía la plaza se lanzó sobre los cuarteles y los edificios fortificados. Era tan poca su gente que, a pesar de la sorpresa, una parte de la guarnición pudo agruparse y defenderse. Pero después de una noche y una mañana de combate el guerrillero quedó dueño de la ciudad.

Sus hazañas acabaron por halagar el orgullo patriótico. Hasta sus enemigos reconocían en él una especie de gloria nacional. Era inútil que los más intransigentes recordasen sus fechorías de bandido. Un héroe empieza su carrera como puede. Además en México, país de revoluciones, es difícil medir dónde termina el bandolero y dónde empieza el general. Todas las revueltas habían tenido personajes de este fuste. Los más viejos recordaban a Manuel Lozada, sanguinario guerrillero que había servido en otro tiempo a los reaccionarios, como Villa servía ahora a la revolución. Lozada murió con la conciencia repleta de crímenes más espantosos que los de este último, pero siendo un héroe para los suyos. El emperador Maximiliano le había dado una espada de general y Napoleón III, la roseta de la Legión de Honor.

Las fuerzas que mandaba Villa con el título de División del Norte resultaban las mejores del ejército revolucionario. Su caballería era la única que sabía cargar. Sus cañones servían para algo más que hacer ruido en los combates, bajo la dirección del general Ángeles, artillero mexicano que había estudiado en Europa. Solo esta división tenía un servicio sanitario. Los hombres seguían a Villa con cierta tranquilidad, a pesar de que era pródigo en el sacrificio de la carne humana. [59] Sabían que al quedar heridos podían encontrar una cama en un vagón. Pero así como iba avanzando Villa hacia el interior de país, se agotaban los medicamentos adquiridos en la frontera, se

perdía el material y finalmente los heridos graves apelaban al tiro en la cabeza, lo mismo que en las tropas peor organizadas.

Un poder irresistible de disolución parecía acompañar el nombre del caudillo:

—¡Que viene Villa! —gritaba alguien en una columna gubernamental.

Y los batallones últimamente movilizados por Huerta, compuestos de reclutas forzosos, se desbandaban inmediatamente, arrojando las armas, para huir más ligeros.

Medina vio por primera vez a este personaje con cierta emoción. ¡Entre los suyos se hablaba tanto de sus hazañas!...

Era un mestizo con más de indio que de blanco; un mozo fuerte, enjuto de carnes, carilleno y con una mandíbula enorme que se desplomaba en momentos de emoción dejando abierta la boca. Un bigotillo negro y unos ojos humildes e interrogantes dulcificaban el rostro de este hombre primitivo en sus momentos de paz interna. Pero cuando le agitaba la cólera con temblores de neurosis, sus ojos oblicuos, de diablo de teatro, fulguraban de un modo tan amenazador que parecían juntarse con la quijada brutal, suprimiendo todo lo demás del rostro.

Iba vestido como un jinete de campo, con polainas, grandes espuelas y un sombrero enorme. Ni siquiera ostentaba en este la pequeña águila de metal, distintivo de los generales revolucionarios. El emblema de su poder lo llevaba en la cintura. Era una canana doble, repleta de cartuchos, con dos revólveres y un cuchillo. Tal era su peso, que tendía naturalmente a deslizarse de sus caderas; y el gesto característico de Villa era llevarse a cada momento ambas manos al talle para subírsela. Otras veces, cuando escuchaba algo interesante, se ponía las manos abiertas sobre las nalgas y avanzaba el vientre con todo su arsenal.

Hombre experto en emboscadas, acostumbrado a vivir entre gentes que apreciaban la traición como una habilidad, nadie le veía nunca sin sus revólveres al cinto; ni sus parientes, ni sus ayudantes de mayor confianza..., ni sus mujeres.

Cuando estaba en una habitación y alguien llamaba a la puerta, aunque fuese [60] tímidamente, lo primero que hacía era extraer un revólver del cinto ocultándolo bajo la mesa con un dedo en el disparador.

—Pase usted, amigo —decía con voz melosa.

Y únicamente lo guardaba después de estar bien seguro que el recién llegado no quería matarle.

Su amistad resultaba tan temible como su enemistad. Lo más íntimos se mostraban inquietos cada vez que los llamaba aparte. Veía por todos lados,

especialmente en ciertos días, traiciones y asechanzas. De pronto increpaba pálido y convulso a un amigo de largos años –tal vez de su época de bandolero– que le seguía a todas partes.

—Tú me traicionas: lo sé; quieres matarme.

Y echando mano a su arsenal portátil, disparaba contra el amigo una bala certera tendiéndolo a sus pies. Luego averiguaba que uno de sus numerosos espías había mentido, calumniado al muerto, y para vengar a este, mataba al espía.

Después de estas crisis de desconfianza se mostraba manso, humilde, encogido, hablando con timidez, como si pidiese perdón a los recién llegados por su oscuro origen y por el eco estrepitoso de su renombre. Se expresaba con titubeos, rebuscando dificultosamente sus palabras, especialmente para el elogio.

—Es una cosa linda –balbuceaba–, una cosa primorosa... una cosa, ¿cómo diré? una cosa... dorada.

Cuando Villa decía que una cosa o una persona era dorada, ya lo había dicho todo y no podía ir más lejos. Ser dorado significaba para él la divinidad. Tenía una escolta de bravos que le daban guardia en días normales y le seguían en los combates, y a estos valerosos bandidos los llamaba los Dorados.

Medina le visitó varias veces en una ciudad importante que acababa de conquistar. Con Hernando se mostraba amable, haciendo esfuerzos por atraérselo.

—Usted debería quedarse conmigo, hijito. Yo soy un ignorante, un pobre hombre que tiene alguna suerte; pero sé apreciar a las personas científicas, a los que han [61] recibido educación y saben mucho, como usted. Yo lo nombro, si usted acepta, mi jefe de Estado Mayor.

Este rústico que había aprendido a mal leer las letras de imprenta estando en la cárcel y a pintar su firma como un jeroglífico, se empequeñecía astutamente ante los hombres de educación superior, fingiendo adorarlos. Por eso, militares de grandes estudios como Ángeles y hombres civiles de reconocida intelectualidad se subordinaban al antiguo bandido con la esperanza de que les escuchase, dejándose guiar por sus consejos. Y lo que hacía Villa en realidad era explotarlos, siguiendo únicamente el curso de sus pasiones.

De este trato con gentes cultas había extraído unos cuantos jirones de confusas ideas, que le servían para recubrir las vergüenzas de su pasado.

Hablaba de los crímenes de su juventud como un héroe de Schiller. Él en realidad no había sido un bandido sino una víctima de la desigualdad social, un vengador de los oprimidos.

Amaba las frases huecas y sonoras, los periodos declamatorios aprendidos en proclamas y artículos de diario.

Ordenaba a veces que fusilasen a un amigo suyo y luego se conmovía ante el destrozado cadáver.

—¡Pobrecito! ¡Y pensar que de muchachos hemos pasado hambre juntos! ¿Qué dirá su madre, la señora Rosario, que me miraba como si fuese un hijo suyo?

A continuación se pasaba una mano por los ojos humedecidos, luego se golpeaba el pecho con energía y murmuraba mirando a sus subordinados:

—Pero era preciso... ¡La patria!... ¡Los deberes del ciudadano!... ¡El porvenir de la revolución!...

Sus dos aficiones dominantes podía satisfacerlas como ningún potentado de la tierra. Todos los hermosos caballos de México eran suyos. En cuanto a mujeres, cada toma de población era señalada con un nuevo matrimonio de Villa.

Este hombre de presa, sin escrúpulos, no había logrado despojarse de ciertas preocupaciones hereditarias sobre la legalidad en el amor. Podía raptar a las hem[62]bras que le gustasen; por donde él pasaba no había leyes ni respeto humano: solo existía su voluntad. Y a pesar de esto, juzgaba necesario ofrecer el matrimonio a toda mujer aterrorizada, antes de llevársela al vagón de lujo, que era su residencia predilecta en las ciudades acabadas de conquistar.

Cansado de las bellezas a estilo del país sentía la seducción de las señoritas y se enamoraba con vehemencia de una hermosa dactilógrafa. La familia, temiendo ser fusilada, accedía a la boda.

—Quiero que nuestro matrimonio sea con solemnidad. A mí solo me puede casar un obispo.

Pero como el obispo de la provincia había huido al aproximarse Villa, este daba órdenes para remediar su ausencia.

—Que me traigan a mi compadre.

Era el sacerdote de una aldea lejana, un curita indio que se presentó temblando dentro de sus ropas negras, asustado de que su antiguo amigo se hubiese acordado de él, temiendo que se le ocurriera la mala broma de fusilarlo.

—Compadre, queda usted nombrado obispo de la diócesis. Ahí fuera encontrará el báculo y la mitra del otro... Esta noche cásenos.

El empleado del registro civil acudió con su libro a legalizar este matrimonio, como sus colegas habían acudido a todos los anteriores. Villa juzgaba necesaria su presencia para tranquilidad de las diversas cónyuges. Y a la mañana siguiente, lo primero que se le ocurría cuando se levantaba de la cama nupcial en su coche-salón era llamar a dicho empleado, que acudía tembloroso, lo mismo que el curita indio.

—Buenos días, amigo. ¿Trae usted el libro? ¿Cuál es la hoja?

Se hacía explicar dónde estaba el acta. La letra de mano resultaba confusa para él. Al fin la reconocía por el dibujo de su firma, y desgarrando la hoja, la hacía pedazos. De este modo todo quedaba en regla.

Él era un hombre serio, fiel a su primera esposa, la verdadera, y no quería dejar rastros de una simple broma.

Medina conoció a esta esposa llamada Luz, una mestiza incapaz de sentir asombro [63] ante los caprichos de la suerte y que sostenía con majestad su rango de generala consorte. Tenía a su disposición, para ella y su parentela indígena, numerosos automóviles de lujo. Se presentaba cubierta de joyas, desde el cuello al vientre, lo mismo que la imagen de una Virgen milagrosa. Villa para librarse de las protestas de sus celos le daba generosamente todo el producto de sus rapiñas. En días normales la generala prescindía de tales ostentaciones, presentándose con un simple brazalete de reloj en una muñeca, otro brazalete de reloj en la muñeca opuesta y un tercer reloj colgando sobre el pecho. Imposible mayor sencillez.

Su marido sentía de pronto una furia moralizadora, y recomendaba la sobriedad, bajo pena de muerte. No había fumado nunca; además tenía miedo al alcohol que hace perder a los hombres la serenidad para defenderse. De sus tropas de desalmados intentaba hacer, repentinamente, un ejército de monjes. Y la División del Norte escuchaba en silencio una orden de su jefe, condenando al fusilamiento a todo el que bebiese tequila o mezcal, aguardientes del país, y a todo el que fumase marihuana o simple tabaco. Por algún tiempo todos obedecían.

Otras veces su poligamia se indignaba, hasta convertirse en agresiva virtud, al ver que gentes insignificantes osaban imitarla.

Al entrar en un pueblecito se le metía en la cabeza fusilar al cura porque todos los años cambiaba de ama, aumentando la población con un gran número de mestizos.

Las mujeres, jóvenes y viejas, sin miedo al terrible caudillo, acudían en socorro del clérigo, pálido y con los ojos extraviados, como si ya estuviese en la agonía.

—¡Déjalo, Pancho! —gritaban, enseñándole las uñas—. ¡Deja al pobre padre!... No seas descomulgado.

Y Villa, temiendo a estas furias, acababa por reír, y echaba en sus brazos al tembloroso prisionero.

—Llévenselo, pendejas, ya que tanto les gusta... Cuiden bien a ese sinvergüenza. ¡Denle... jamón!

Para el antiguo vagabundo el jamón era lo mejor que puede comer un hombre. Únicamente el chocolate podía comparársele. De sus tiempos de bandido le quedaba el [64] respeto por una bebida que había admirado en los ricos. A los habitantes de las ciudades los llamaba «chocolateros», reconcentrando en tal apodo todas las molicias modernas.

A las cinco de la tarde (la hora del chocolate), era cuando se mostraba más benévolo, conversando jovialmente con los jefes de sus brigadas y sus regimientos. Algunas veces, cuando estos discutían sobre una próxima operación de guerra, el grande hombre iba quedando con los ojos vagorosos, lo mismo que un hipnotizado, y la quijada se le caía, surgiendo un hilo de baba entre los gruesos y oscuros labios. Sus ayudantes y secretarios se daban con el codo, hablándose al oído.

—Piensa en la chinita de esta mañana.

Uno de los varios abogados que figuraban en su cuartel general como guías políticos le hizo conocer cierto libro cuya lectura abrió para él los horizontes sin límites de un mundo nuevo. Todas las tardes pedía que le leyesen un capítulo.

Tal era su deseo de atraer a Medina, que le invitó a esta fiesta, reservada solamente a los más íntimos.

—Quédese a tomar chocolate, mi hijito. Oirá usted la Historia de Napoleón. Una cosa... dorada.

Miró el libro que le seguía ahora en todos sus viajes. Luego señaló una lámina en la que aparecía el emperador sobre su jaca blanca. El mestizo sonrió guiñando un ojo, como si hablase de un compadre:

—Este fue de los míos... De los de a caballo.

Algún tiempo después, cuando la revolución había triunfado definitivamente y Villa empezaba su lucha contra Carranza, aceptó Hernando otra de sus invitaciones a tomar chocolate.

A las pocas palabras el guerrillero le mostró un periódico.

—Yo quisiera, mi hijito, que usted que ha estudiado me explicase qué es esto de los cambios y por qué baja tanto en Europa la moneda de los gringos.

Medina habló media hora, mientras el general le escuchaba meditabundo. Al fin salió de su silencio.

[65]—Eso yo lo arreglaré cuando sea presidente y haya acabado con el «viejo barbón». Explotaré mis minas de plata; haré que trabajen día y noche mis fábricas de moneda, y cuando tenga llenos, llenos, todos mis palacios y mis almacenes, les diré a esos gringos, ingleses, alemanes y franchutes que ahora se hacen la guerra: «Aquí tienen ustedes, pendejos: rompan sus billetes que no son más que papeles y dejen de reñir por plata... Y si después del regalo que les hago no pueden entenderse..., entonces vayan ustedes al carajo».

Y volvió a sumirse en la meditación, no sin antes pasear una mirada triunfal sobre los que tomaban su chocolate.

Hernando procuró alejarse de Villa. Siempre que este lo encontraba acompañado de Guadalupe, repetía el deseo de nombrarlo jefe de su Estado Mayor. La Coronela de Matamoros le interesaba indudablemente como algo distinto a lo que había conocido hasta entonces.

El general Medina se vio imaginativamente tirando de su revólver con apresuramiento para ganar en velocidad a aquel hombre siempre en guardia, que apenas oía una voz al otro lado de la puerta preguntando «¿Se puede?», buscaba respuesta en su cinturón.

De seguir en relaciones con él se vería obligado a matarlo.

Y Villa era en aquellos momentos una celebridad universal. Los periódicos de toda la tierra habían hablado de él. En Nueva York se publicaba su retrato con este título: «El Napoleón mexicano».

Medina, por cuestiones de honor personal, no podía privar a su patria de este personaje glorioso.

Donde Hernando Medina empieza a perder sus ilusiones

Después de la fuga de Huerta y la entrada de los constitucionalistas en la capital, todos los mexicanos creyeron terminada la revolución. Y la revolución continuó más larga y más sangrienta, al mismo tiempo que al otro lado del océano se desarrollaba la guerra europea.

Una incompatibilidad de caracteres entre Carranza y Villa provocó y sostuvo esta segunda guerra civil. Los dos se vieron por primera vez cuando las tropas mandadas por uno y otro vinieron a reunirse en Torreón para caer sobre la capital de México. Esto fue en el último periodo de la resistencia de Huerta.

Villa, rodeado de su Estado Mayor de centauros, esperaba en la estación del ferrocarril la llegada de Carranza, y al ver los personajes civiles que formaban el séquito del «primer jefe», exclamó:

—¡Y cuánto chocolatero viene con el viejo barbón!

Luego, al quedar solo con el viejo barbón en una casa inmediata, se sentó a sus pies, con el aire tímidamente admirativo de un discípulo, contemplando las barbas blancas y los anteojos azulados de don Venustiano.

—Usted no sabe, mi jefe, cómo he deseado este momento -decía-. Déjeme así para que le mire un buen rato.

Y Carranza siempre grave y solemne llegaba a sonreír; halagado por esta rústica devoción; pero una vez desvanecida la novedad del primer encuentro lo trataba hostilmente.

—¿Qué le he hecho yo a ese hombre? -decía Villa- ¿No le obedezco en todo? ¿En qué he podido ofenderle?

Era el pasado el que se levantaba entre los dos, con toda la fuerza espiritual de un obstáculo psicológico. De ser Villa un antiguo ladrón de ciudad, tal vez el «primer jefe» habría olvidado las vergonzosas aventuras de su juventud. Pero era un cuatrero, un ladrón de animales, y el hacendado Carranza no podía olvidar las [67] veces que allá en el rancho paterno había tenido que defender sus vacas de otros bandidos semejantes a Villa. Un odio profesional, viejo de siglos, alejaba al señor campesino del bandolero, sin ninguna posibilidad de avenencia.

Además, el viejo barbón, como le llamaba Villa, era un revolucionario puramente político; que sonreía con cierta incredulidad al escuchar las grandes reformas

sociales ideadas por sus subordinados. Había sido personaje en los tiempos de Porfirio Díaz, tomando el aire grave y aseñorado de la especie de corte que rodeaba al dictador. Para él, con derribar a Huerta y continuar el gobierno de Madero, quedaba hecho todo.

Los deseos que mostraba a veces de restablecer el orden y acabar con el continuo latrocinio de sus tropas le hacían antipático a muchos de sus partidarios.

El día de su entrada en México, un diplomático extranjero subía a saludarle en los salones del Palacio de Gobierno dejando su automóvil a la puerta. Este vehículo flamante le placía a un general revolucionario y se lo llevaba tranquilamente al cuartel donde estaba alojado con un regimiento de partidarios fieles. Cuando Carranza indignado por tal robo reclamaba el automóvil, el general le respondía que fuese a buscarlo en persona y lo recibiría a balazos.

Cada intento suyo por restablecer la normalidad le creaba un nuevo enemigo. Todo general que mandaba un grupo suelto de fuerzas tenía un vagón-salón como vivienda y una plancha grabada para tirar papel moneda. El vagón era un harem y una taberna; la plancha daba a luz billetes y billetes de curso más forzoso que el papel moneda de los bancos mayores del mundo. El que se negaba a aceptarlo corría el riesgo de ser fusilado como «enemigo de la revolución». Los billetes de Villa eran llamados «sábanas» por ser grandes pedazos de papel blanco con un simple garabato en el centro.

Los comerciantes de las ciudades se negaban al principio a aceptar estos billetes irrisorios. Todos ellos eran extranjeros y creían cándidamente en el poder de sus cónsules, en el derecho internacional y otras invenciones que hacían reír a los caudillos vencedores. Como las tres cuartas partes de los comerciantes procedían [68] de España, cada avance de los revolucionarios era acompañado de matanzas de españoles con algún que otro norteamericano, inglés o francés. Los asesinos salían del paso diciendo que los muertos eran partidarios de Díaz y de Huerta.

Cada uno de estos generales -entre veinticinco y treinta años de edad-, al verse despojado por Carranza de las facultades abusivas que se había apropiado durante la guerra, prorrumplía en amenazas contra el nuevo déspota.

—¿Para eso nos hemos batido?... Me ha quitado el coche-salón, me ha quitado la plancha. ¿Pero ese don Venustiano se imagina que yo vivo del aire? ¿Con qué voy a mantener a mis mujeres?...

Y todos los perjudicados por «el primer jefe» se inclinaban del lado de Villa.

Una especie de parlamente militar se reunió en la ciudad de Aguas Calientes para decidir la forma del nuevo gobierno. Cada grupo armado enviaba un número de

diputados a su capricho. Carranza se quedó en la capital con sus íntimos, dispuesto a no reconocer el resultado de esta asamblea si le era adverso.

Villa se presentó en Aguas Calientes dispuesto a emplear la persuasión a la violencia para que no triunfara don Venustiano. La mayoría de los representantes eran oficiales de pocos años que asistían a las sesiones con el revólver al cinto. A veces el orador se interrumpía para convencerse de que el suyo continuaba fijo en su costado, mientras los oyentes casi siempre divididos empezaban a desenfundar en apoyo de sus diversas opiniones.

La voz de Villa aconsejaba la calma:

—Hijitos, hagan lo que quieran, pero no suban en alto al viejo... Miren que si lo suben ya no habrá quien lo baje. Piensen que el viejo sabe mucho, por viejo y por ranchero.

En los momentos de mayor confusión intentaba contentar a todos con la más extravagante de las proposiciones.

—Pido que nos fusilen a don Venustiano y a mí. Así habrá paz en México. He dicho.

Y se sentaba satisfecho, pensando en cómo gruñiría de sorpresa [69] «el viejo» allá en su palacio de México, al enterarse de este paradójico discurso.

Un nuevo personaje acabó por influir en las decisiones de la asamblea. Era Obregón, general de carrera rápida y antiguo corredor de garbanzos. Dotado de una intrépida verbosidad para repetir lo que leía en los periódicos, despreciaba a Villa por ignorante. Siempre predispuesto a las exhibiciones teatrales y a la prosa declamatoria, dio a la reunión de Aguas Calientes un final de primer acto de ópera heroica.

Hizo traer una gran bandera mexicana para que todos firmasen sobre sus colores, comprometiéndose a obedecer lo que decretase la asamblea y a sostener al presidente que esta eligiese.

Los representantes de Zapata, salvajes ingenuos, protestaban de tal comedia, conociendo bien a sus camaradas. Todos olvidarían la firma tan pronto como les conviniese. La asamblea casi los mató indignada por sus dudas ofensivas.

Firmaron todos, Obregón el primero, y fue elegido presidente de la República un buen señor, gordo, propietario de haciendas e iletrado. Obregón después de esto se puso al lado de Carranza, olvidando su firma; y lo mismo hicieron los más. Villa, con sus fuerzas, sostuvo al nuevo presidente y marchó sobre la capital, haciendo huir a Carranza que se refugió en Veracruz.

Ahora Villa mandaba en México como único amo. El pobre presidente nuevo vivía como un preso, aterrado por su protector, y acabó por escaparse de su tutela. Con unos cuantos miles de hombres que disminuían por momentos y la famosa bandera de las firmas intentó pasearse por México hasta que lo alcanzaron y lo hirieron.

Villa hizo nombrar otro presidente y así hubo tres al mismo tiempo. Vivía según su costumbre instalado en un vagón-salón en las afueras de México, y allí daba audiencia a los primeros personajes de la ciudad.

Las gentes acudían temblando a la estación, para subir los estribos de este coche que recordaba el palacio portátil de madera y pieles habitado por Atila. Todos ignoraban cómo volverían a bajar de él. Lo mismo podía nombrarles el neurótico guerrillero ministros de su gobierno que ordenar que los fusilasen junto a las mismas [70] ruedas del vagón, para no perder tiempo. Todos los días sus Dorados, encargados de las misiones de confianza, mataban, mataban, mataban.

Otro guerrillero daba órdenes al lado de Villa, un bárbaro tan temible como este, pero menos vehemente y expansivo: el general Zapata. Este había levantado sus gentes al sur y al oeste de la capital de México; no era del norte como Villa y la mayoría de los revolucionarios.

Hablaba poco y con cierta dificultad, como un hombre que teme siempre decir demasiado. Sus tropas eran consideradas como hordas salvajes por las otras hordas de la revolución. Los zapatistas hacían recordar, a causa de su ardor sombrío y su honradez destructiva, las tribus armadas que siguieron por primera vez el estandarte verde del Profeta. Zapata era una especie de Madhi africano y su tropa, una turba de fanáticos. No robaban, destruían simplemente, sin que se les ocurriese aprovechar los escombros. Sabían lo que querían: la supresión de la propiedad, el comunismo, las tierras de todos, la desaparición de lo existente.

Estos hombres casi salvajes venidos del otro lado de las montañas, si no recibían de sus jefes la orden de destruir, se paseaban por las calles de México desorientados y atemorizados por los esplendores de una ciudad civilizada, dejándose manejar por los vecinos, lo mismo que fieras domesticadas.

Villa era un reaccionario para Zapata, pero hablaba mejor que este y le seducía con su carácter bullanguero y su abundancia en rudas paradojas.

Por esto Zapata le seguía como segundón silencioso.

Juntos presenciaron los dos ante el Palacio de Gobierno la quema del sillón presidencial ocupado por don Venustiano y que ellos comparaban a un trono. Pero el viejo barbón se había llevado otro sillón igual a Veracruz.

Después ambos guerrilleros se separaron. Villa iba atacar a Carranza en su refugio.

—Cuídese, compañerito -le dijo a Zapata-. Cuídese, que deseo volver a verle.

Y no le vio más, pues lo mataron en una emboscada.

Villa era dueño de México. Tres presidentes de la República andaban errantes por el país; pero solo gobernaba él. Su nombre y su persona parecían tener una [71] influencia paralizante sobre los enemigos. Viajaba casi solo, con una escolta de dorados. Varios generales se comprometían a matarlo y esperaban en una estación al frente de miles de hombres el paso de su tren. Pero a la vista de Villa y de su centenar de dorados estas tropas bisoñas olvidaban su compromiso. Unos aclamaban al héroe; otros huían, siguiendo a sus jefes avergonzados.

Y sin embargo se aproximaba el momento de su ruina.

Carranza, encerrado en Veracruz, solo tenía a sus espaldas el mar; pero más allá estaba el gobierno americano que, necesitando entenderse con alguien para el restablecimiento del orden, le había preferido a él por creerlo más sensato. De los Estados Unidos le llegaba el material de guerra en abundancia. Las provincias mexicanas del centro y del sur que habían sufrido poco con la anterior guerra le proporcionaban hombres. Así creó un ejército que fue mandado por Obregón. Este, además de sus ambiciones, tenía otro motivo para combatir a Villa. En la época que peleaban todos juntos contra Huerta, el impulsivo Villa, ofendido por las intrigas de Obregón o aconsejado por su manía persecutoria, le había agredido públicamente quitándole la gorra de general de un revés y despojándolo a continuación de su revólver.

Nunca dispuso Villa de tantos miles de hombres como ahora. Su ejército era el más numeroso que se había conocido en México. Además era dueño de toda la artillería gruesa existente en el país y podía pasear en sus marchas los cañones de Díaz, los cañones de Huerta, los cañones tomados a Carranza, procesión de ídolos de hierro, sombríos y crueles como los antiguos dioses mexicanos, que entusiasmaba a los guerrilleros cobrizos.

Las tropas del invencible Villa habían inventado una canción de cuatro versos, La cucaracha, que era su himno de guerra. La entonaban los soldados al entrar en las

poblaciones, la repetían las cornetas como paso de ataque, su ritmo infantil y monótono hacía correr los hombres hacia la muerte.

Pero este caudillo que lo tenía todo en su país y estaba acostumbrado a encontrar en el momento decisivo el auxilio de su buena suerte empezó a notar que esta [72] lo abandonaba. Ya no sentía a su espalda la misteriosa fuerza que lo había empujado como un buque con todas las velas desplegadas cuando marchó contra la ciudad de México para derribar a Huerta. Entonces sus fusiles y cañones podían disparar pródigamente. Los Estados Unidos miraban con agrado la causa que le tenía a él como primer caudillo. Ahora eran los otros, su antagonista Obregón y el viejo odiado los que tenían a sus espaldas este colaborador decisivo.

Como las tropas de Carranza podían hacer fuego más tiempo que las de Villa, el primer guerrillero de México quedó aplastado y Obregón se tuvo por un gran capitán.

Fue en Celaya donde ocurrió el choque decisivo: una gran riña incoherente entre miles y miles de hombres. En mitad de esta pelea llamada batalla los cañones y fusiles de Villa quedaron sin alimento, mientras las armas de los otros tiraban y tiraban. Unos batallones de yaquis a las órdenes de Obregón (única infantería capaz de atacar cuerpo a cuerpo) se lanzó sobre los contrarios obligándolos a huir.

Y Villa se vio derrotado por primera vez en su vida para continuar siéndolo en lo sucesivo.

Obregón celebró su inesperada fortuna mostrándose irónico y amargo. Al perseguir a Villa sus cornetas tocaban burlescamente La cucaracha. Y el desesperado guerrillero amenazó con fusilar a su gente si en adelante entonaba la canción que había sido su himno de guerra.

Lo derrotaron nuevamente. Perdió sus cañones en los terrenos quebrados donde le fue necesario refugiarse. La deserción que sigue los pasos del caudillo en desgracia le fue arrebatando sus hombres a grandes zarpazos.

En realidad ya no los necesitaba. Había dejado de ser general para volver a ser guerrillero. Unos cuantos centenares de jinetes le bastarían para pelear como jefe invencible. Ya no vivió en un coche-salón, ya no contrajo matrimonios a su capricho. Su única mujer, su legítima, la mestiza Luz que había tenido una corte y disfrutado riquezas como jamás pudo amontonarlas pirata alguno, le siguió fielmente en esta vida ruda de montaña.

Desesperado por la desgracia invadió el suelo de los Estados Unidos para saquear los pueblos fronterizos y el gobierno americano tuvo que enviar toda una [73]

expedición contra él, al mando del general Pershing que se vio obligada a operar en territorio de México. Esfuerzo inútil. Villa general podía ser derrotado; Villa bandido solo se dejaba ver cuando le convenía. Y los gobiernos de Washington y de México enviaron expediciones igualmente infructuosas contra este fantasma.

Mientras tanto, el guerrillero decía amargamente a sus amigos con el pensamiento puesto en la capital:

—El viejo ha salido con la suya; me ha vuelto a la nada de donde salí. Ha podido más que yo, por viejo y por ranchero. Pero aún no hemos muerto los dos y veremos a quién se le cansa antes el caballo.

Lo que le indignaba era que le llamasen «el bandido Villa» en todos los periódicos llegados a su mano, y que los muchos antiguos compañeros de armas aludiesen a sus hazañas juveniles de ladrón.

—¿Las he ocultado yo alguna vez? -preguntaba- ¿No conocían mi vida cuando marchábamos juntos y cada uno buscaba mi apoyo? ¿Por qué me llamaban entonces héroe?...

Medina siguió a Carranza por afecto personal y por aversión a Villa. Después de haber sido perseguidor, se vio perseguido. El joven revolucionario era ahora gubernamental y tuvo que huir de la ciudad de México, como meses antes habían huido los generales de Huerta.

«¡Que viene Villa!» Este grito había esparcido el terror en el vecindario. Villa llegaba con el presidente elegido en Aguas Calientes, y don Venustiano corría a refugiarse en Veracruz, último asilo de los gobernantes mexicanos siempre que se ven en peligro. Todos sus partidarios le seguían en esta rápida fuga. Los trenes marchaban repletos de gentío. Hasta sobre los techos de los vagones se instalaban las familias. Parecía que se aproximase un incendio voraz o que se hubiese roto un dique.

Medina encontró en la estación del ferrocarril a su tío el licenciado Pacheco.

—Vivimos como Europa en los últimos tiempos romanos -dijo el hombre de las [74] paradojas-. Nuestros bárbaros también vienen del norte como los otros. Todas las invasiones salvajes se forman junto a la frontera de los Estados Unidos.

Hernando no quiso oír más. Comprendió que su tío incluía en estas invasiones de bárbaros del norte las dos insurrecciones contra Díaz y contra Huerta.

Permaneció varios meses con Carranza en Veracruz, trabajando en el reclutamiento y la organización del nuevo ejército que había de batir a Villa.

Ahora la guerra ya no era a caballo como al principio de la revolución. Los dos contendientes tenían en su poder todos los ferrocarriles mexicanos y los movimientos estratégicos los realizaban en tren.

No necesitaban de mucho material rodante. Las tropas mexicanas que al marchar en campo raso se multiplicaban a la vista por la movilidad de los peones montados y su séquito de mujeres y niños, parecían por el contrario poseer una fuerza retráctil cuando se metían en un tren, empequeñeciendo su volumen con una ductilidad maravillosa.

Unos cuantos vagones bastaban para un regimiento. Todo tren constaba de tres pisos. En el del centro, o sea el interior de los coches, se instalaban los soldados en cuclillas, durmiendo apoyados unos en otros. Los que deseaban dormir en familia durante la campaña, se iban al «subterráneo», colocando unas tablas debajo del vagón, apoyadas en los ejes de las ruedas, y esta plataforma les servía para acostarse con sus mujeres e hijos. Sobre las techumbres de los coches establecían las soldaderas jóvenes sus cocinas y sus alcobas.

Los trenes, al quedar inmóviles en una estación o en medio de la vía, se transformaban en pueblos. Un hormiguero humano negreaba a lo largo de los vagones. Sobre sus techos surgían humos de día y llamas de noche. Las mujeres guiaban entre líos de mantas y colchones, entre cajas de cartuchos, ametralladoras y cofres desbordantes de objetos disparatados procedentes del saqueo. Una soga hacía oficio de ascensor en estas casas rodantes. Los perros de las soldaderas, hirsutos, feos y leales como los que acompañaron en su conquista a los guerreros turcos para vagar eterna[75]mente por las calles de Constantinopla, daban vuelta en torno del vagón no sabiendo cómo llegar hasta su dueña.

—Jálalo, india -decía desde abajo el hombre.

Y la soldadera le echaba una cuerda para jalarlo del cuello hasta la techumbre del vagón. Así subía también el cesto de víveres o la lata de petróleo llena de agua.

Un arranque violento del tren en plena noche sembraba la vía de durmientes, expelidos de su cama entre las ruedas y partidos muchas veces en dos, antes de que llegasen a despertar. En otras ocasiones las familias guerreras, convencidas de que su inmovilidad iba a durar semanas, se instalaban en tierra firme, ante la cabeza y la cola de la fila de vagones, sobre el terraplén que parecía un promontorio entre los campos inundados. De repente el telégrafo o las tropas avanzadas anunciaban al enemigo; todos corrían a subirse en los furgones y la locomotora se movía ciegamente, con la

precipitación de la sorpresa, aplastando a los tenaces que pretendían salvar sus objetos olvidados entre los rieles.

Dejando a su esposa en Veracruz, asistió Hernando a varios combates en las vías férreas. Los enemigos de Carranza fueron repelidos hacia el interior, hasta que Villa quedaba vencido en Celaya.

Los vecinos de México veían llegar con tanto miedo a los vencedores procedentes de Veracruz, como meses antes habían visto aproximarse a Villa. Las hordas cambiaban de nombre pero resultaban siempre las mismas. La entrada victoriosa de cada bando era acompañada de fusilamientos y asesinatos anónimos, de impuestos extraordinarios y robos particulares.

Los vencedores se instalaban en las casas más de su gusto. Como la mayor parte de las gentes ricas creía conveniente huir cada vez que entraban en la ciudad unos u otros, los revolucionarios podían escoger. El amor al hogar guiaba en sus saqueos a estos padres y esposos dedicados a la guerra. Hacían venir a sus familias de los pueblos del interior para que se instalasen en las casas lujosas de la capital. La esposa y las hijas, después de admirar los muebles [76] y hacerse explicar su uso, se ponían los trajes y la ropa interior de las primitivas señoras de la casa que andaban fugitivas. El general o el ministro hacía lo mismo que su familia, usando hasta las corbatas y los pañuelos pagados por su antecesor.

Medina intentaba protestar contra estos abusos realizados por muchos de sus camaradas. Pero todos ellos cortaban sus quejas con una arrogancia caballeresca.

—Es la guerra. Además, cuando se presente el dueño de la casa, ya arreglaré cuentas con él.

Hernando sabía bien que el tal dueño cuidaría de no presentarse en mucho tiempo ni de exigir cuenta alguna.

El atentado contra la propiedad acababa por tomar un aspecto novelesco de relato policiaco o película cinematográfica de aventuras. Una banda, ocupando un automóvil gris, corría de noche la ciudad asaltando las casas. Nadie osaba perseguir a la banda del «automóvil gris». Todos murmuraban que uno de los más altos generales era su protector y el encargado de repartir el botín.

Las alhajas robadas las ostentaban descaradamente ciertas artistas de los teatros de México, protegidas por generales. Era inútil esperar castigos. Los hombres del gobierno que vivían en casas ocupadas contra la voluntad de sus dueños, o que

adornaban sus antiguas viviendas con muebles y cuadros arrebatados a otros, ¿cómo podían perseguir a estos otros amparados en el misterio?

De tarde en tarde Carranza prometía fusilamientos en masa para restablecer el respeto a la propiedad. Pero su indignación se desvanecía pronto. El licenciado Pacheco afirmaba que, de fusilar el primer jefe a todos los ladrones, corría el peligro de quedar sin amigos.

—Tú sabes que yo fui de los pocos que se atrevieron a hablar con franqueza en tiempo de don Porfirio -decía el licenciado a su sobrino-. Nunca me mostré amigo de los graves personajes que gobernaron en su nombre tanto tiempo. Muchos de aque[77]llos sesudos varones robaron, esto es indudable; pero todo fue ordenado y majestuoso, hecho por personas prudentes que tenían mucho tiempo por delante... Ahora nadie está seguro de si vivirá mañana y los triunfadores quieren agenciarse una fortuna con vertiginosa rapidez.

Medina sonreía tristemente. Su veracidad le impedía poner en duda las críticas del licenciado.

—En todas las revoluciones ha ocurrido lo mismo -contestaba a su tío-. La regeneración de los hombres se obtiene muchas veces por los caminos más extraviados y gracias al esfuerzo de gentes poco recomendables.

Pacheco levantaba los hombros, dando bufidos de impaciencia ante estas objeciones previstas: cierto, en todos los grandes movimientos humanos se mezclaban criminales, no había revolución sin asesinos y ladrones; pero eran muchos más los de alma generosa, los desinteresados que se batían por la libertad ajena, sin esperanza de recompensa.

—¿Dónde están aquí esos hombres? -gritaba el licenciado-. ¿Quién es entre vosotros don Quijote?

Medina permanecía silencioso con una expresión de modesta ofendida.

—Sí, estás tú -acababa por decir Pacheco-. Pero tú eres rico y tu probidad no resulta extraordinaria... Adivino lo que vas a decirme. Está también tu amigo Lima, un infeliz, y otros cuantos como él... ¿Y qué sois todos vosotros los que no pensáis en el dinero, dedicando vuestro tiempo a discutir las futuras reformas? Unos coristas que servís desinteresadamente a los generales macheteros, unos ilusos que no gobernaréis nunca.

Luego añadía con ferocidad, como si olvidase el pasado de Medina:

—Yo fui enemigo de los que mandaban antes y lo soy ahora de vosotros. México solo merecerá el nombre de pueblo civilizado cuando mate a todos sus generales políticos, cuando la sublevación deje de ser el único medio de gobernar el país... Nuestra historia desde que fuimos independientes puede condensarse en breves líneas: «Una nación [78] de quince millones de habitantes híbridos, explotada y tiranizada por ciento cincuenta mil matones, que viven guerreando entre ellos para adueñarse del poder y hacer sufrir las consecuencias a los pacíficos».

—Así ha sido hasta ahora: lo reconozco –decía Medina-. Pero vamos a cambiarlo todo. Verá usted cómo torcemos el curso de nuestra historia.

Medina abandonaba la conversación con el irreductible Pacheco.

Había perdido muchas ilusiones después del triunfo de sus amigos, pero todavía confiaba en el advenimiento de un nuevo orden político, basado en el desinterés y el amor al pueblo. Esto ocurriría tan pronto como se normalizase la vida de la nación.

Carranza deseaba terminar cuanto antes el periodo llamado «preconstitucional». Quería ser elegido presidente con apariencias de legalidad y para esto necesitaba una asamblea que le ratificase en el poder.

La asamblea se reunió en Querétaro, donde estaba provisionalmente establecido el gobierno. Esta fue la época más gloriosa de Martín Lima y otros militares tan entusiastas y candorosos como él.

Todo lo que estos jóvenes de generosa credulidad habían oído o leído en discursos y libros intentaron convertirlo en ley en unas cuantas horas.

Martín Lima se mostraba radiante de fe al verse convertido en legislador.

[79] —¡Al fin!... Ahora estamos haciendo de veras la revolución. Empieza un mundo nuevo. Europa nos mira con envidia.

Los legisladores de veinte años, con espuelas y pistola de repetición, se ayudaban mutuamente para sostener sus iniciativas revolucionarias. Una emulación se establecía entre ellos, semejante a la de los jinetes en las carreras de caballos, por quién avanzaría con mayor rapidez.

Un grupo proponía la supresión absoluta e instantánea de la propiedad individual. Otro grupo pedía que figurase en el nuevo código un artículo prohibiendo todas las religiones.

Como Carranza deseaba tener pronto una constitución y ser presidente con arreglo a ella, dio orden a los legisladores graves para que no se entretuvieran discutiendo las innovaciones de «los muchachos». Concedía poca importancia a los

absurdos que estos exaltados pudiesen introducir en la ley fundamental. Después de proclamada la constitución, se obedecería en lo que fuese posible nada más. Precisamente en México no existía una hembra que hubiese sido violada más veces que la tal constitución.

Lima y los otros reformadores se extasiaban ante su obra triunfante, aunque afirmando que esta habría sido mucho mejor de no oponerse los profesores y abogados que figuraban en la asamblea, todos «reaccionarios».

[80] El licenciado Pacheco se indignó leyéndola.

—Todo lo han hecho sus autores, hasta las reformas que figuran en los libros, de un modo hipotético. Lo que no han podido resolver todavía los viejos pueblos civilizados lo solucionan estos muchachos en cuatro líneas. ¿Qué dejan para las generaciones venideras? Se van a aburrir, y pedirán el restablecimiento del Imperio para entretenerse haciendo algo.

Medina esperó confiadamente los efectos de la paz y de las nuevas leyes.

Lo más visible e inmediato fue la transformación militar. Los guerrilleros se fueron convirtiendo en soldados regulares, como siempre que triunfaba en México una revolución. Las antiguas partidas tomaban el título de regimientos y vivían en los cuarteles, ocupados antes por «las tropas de la tiranía». Los hombres abandonaban el sombrero tradicional para cubrirse con el quepis y el uniforme usados por el enemigo.

Los jefes revolucionarios que carecían de profesión y no habían podido hacer buenos negocios durante la guerra ostentaban ahora charreteras doradas y era coroneles y generales. Sobre los uniformes azules, de un lujo anacrónico, abundantes en cordones y bordados de oro, parecían aún más feos los rostros cobrizos, con barbas de negras púas, de muchos de estos militares.

Las soldaderas se habían hecho ahora ciudadanas. En torno de los cuarteles, los umbrales de las puertas y los filos de las aceras estaban cubiertos de mujeres. Con sus mantos negros y sus vestidos blancos recordaban a los pingüinos que se alinean al borde de los acantilados del océano glacial. Todas tenían junto a los pies una cesta con la comida para su soldado. Era comida comprada, y esto las hacía recordar con nostalgia la vida a campo raso durante la revolución, las marchas interminables con las piernas siempre cansadas, pero con las manos libres.

[81] Muchos hombres para conservar su independencia de pájaro errante se negaban a meterse en la jaula del cuartel y seguían haciendo la guerra al gobierno, fuese quien fuese. Los ministros hablaban de la paz; Medina creía también que de un

momento a otro se consolidaría la paz; y cada vez eran más numerosas en el campo las partidas insurrectas. Pocas eran las regiones libres de revoltosos. Estas tropas irregulares deseaban pelear indefinidamente: unas por creer a Carranza un reaccionario; otras por ver en él a la anarquía triunfante.

Todas las mañanas anunciaba el gobierno que la insurrección iba a terminar. Y mientras tanto los insurrectos saqueaban los pueblos y volaban ferrocarriles con dinamita. Los prisioneros eran fusilados. A un antiguo general que intentaba la resurrección del porfirismo lo decapitaban después de muerto, y su cabeza era exhibida durante varias noches en una plaza, bajo dos focos de luz eléctrica, para que nadie dudase de su identidad.

Medina empezó a perder su confianza en la eficacia de las reformas sociales votadas en Querétaro.

Ciertos revolucionarios no habían tenido necesidad de la nueva constitución para poner sus manos en los bienes ajenos. Antiguos hombres de campo, enamorados de la tierra, se habían apoderado durante la campaña de enormes extensiones del suelo, en nombre del pueblo. Pero transcurría el tiempo sin que generales y ministros devolviesen al pueblo la tierra que le guardaban.

Algunos que habían ido a la guerra siendo simples peones de una hacienda, aparecían ahora como grandes terratenientes y opulentos ganaderos. Hernando no alcanzaba a comprender cómo se podía guerrear creándose al mismo tiempo una enorme fortuna.

Veía con pena que el pueblo tampoco mostraba gran prisa en reclamar las tierras prometidas por la revolución. En algunas provincias eran al fin ofrecidas en pequeños lotes a los mestizos y los indios, pero estos se negaban a aceptarlas. ¿Qué podían hacer sin instrumentos, sin semillas, sin capital alguno?... Ellos habían esperado de la revolución otra cosa; algo maravilloso que no podían definir claramente; algo [82] que les librase de sus antiguas miserias y, especialmente, de la necesidad de trabajar.

Y los que se habían apropiado de los bienes los guardaban, argumentando con la pereza de los de abajo para no acordarse más del prometido reparto.

—La historia de siempre —decía Pacheco—. Cuando en este país de revueltas queda destruida una clase de ricos privilegiados, los que se titulan libertadores ocupan su sitio para realizar los mismos abusos. La única revolución consiste en robar los bienes de los vencidos que, a su vez, los robaron a otros derrotados por ellos.

Medina empezó a mostrar menos interés por los asuntos públicos. Un suceso familiar había cambiado el curso de su existencia.

Como si hubiese esperado la terminación de la guerra para acordarse de que podía ser madre, la antigua coronela de Matamoros tuvo un hijo, mientras Hernando estaba en Querétaro, ejerciendo de legislador.

Poco quedaba en ella de la amazona revolucionaria. Era ahora una dama de la capital, encerrada voluntariamente gran parte del día en el caserón con honores de palacio construido por los Medina cerca de la plaza Mayor. Una alta peineta de Carey sobre la negra cabellera era el único adorno vistoso de esta mujer que había pasado largas temporadas cubriéndose con un sombrero hombruno y viviendo lo mismo que un soldado.

Los amigos de Medina le recordaban a veces las cabalgadas guerreras, los combates, las heridas que ella había curado, cierta época de acantonamiento en un pueblo mísero donde la coronela había tenido que guisar la comida del Estado Mayor de su esposo... Pero la heroína sonreía como si hablasen de otra mujer. Miraba instintivamente su pecho vigorosamente abombado por la maternidad. Una blusa de blancos encajes lo cubría ahora. Ya no llevaba sobre él dos cananas cruzadas repletas de cartuchos.

Hablaba sonriendo con modestia de sus actuales batallas con el azúcar líquido y la miel caliente para fabricar ciertos dulces tradicionales inventados hace siglos por las monjas de su provincia natal, bajo la inspiración de recetas moriscas [83] traídas de España. Enumeraba sus estrategias para hacer marchar ordenadamente el trabajo de sus diversas criadas. Mostraba con orgulloso impudor las carnes desnudas y firmes del pequeño Medina alimentado en sus pechos.

Únicamente al caer la tarde salía a dar un paseo en automóvil por los alrededores de la ciudad, llevando en el regazo a este príncipe heredero, blanco y rubio como su padre, pero con los ojos de ella.

Lima, que no había querido ingresar en el ejército activo y se mantenía con un empleo civil de poco trabajo, pasaba en la casa de su general la mayor parte del día. Le era imposible tolerar que le llamasen coronel. Siempre había sido enemigo del militarismo y una vez terminada la guerra quería vivir como un ciudadano.

—Ciudadano Lima —decía Lupe, interrumpiendo a lo mejor sus peroraciones sobre la revolución que siempre estaba por venir y nunca lograba encarnarse—, vaya a ver si «la gata» está con Hernandito.

La «gata» era la criadita mestiza encargada del cuidado del príncipe. Y aunque Hernandito no contaba todavía dos años, Lima al tenerlo en sus brazos empezaba a hablarle, encontrando siempre una contestación de asombrosa sabiduría en aquellos ojos negros, rasgados, de pupilas profundas iguales a los de la Malinche.

Empezaba a creer menos en la misión providencial de Guatemoc Victoria, el futuro regenerador azteca de todos los pueblos americanos. Su hijo era un indio y por grandes que fuesen sus méritos desempeñaría siempre un papel de segundón, como él al lado de Medina. La independencia solo la habían conseguido los de su raza, cuando los blancos combatieron por ella. El Mesías de la revolución futura lo tenía él indudablemente en los brazos. Era el hijo de Hernando.

Y como si rindiese homenaje a su futura gloria, lo arrullaba con alguna de las melancólicas canciones llamadas «mañanitas», hasta que los frecuentes roces de su larga perilla hacían llorar al pequeño.

Guadalupe antes de su casamiento tenía una gran ilusión, la misma de todas las muchachas nacidas en América: ir a Europa. Durante la guerra nunca habló de este viaje. ¿Quién podía adivinar si ella y Hernando saldrían con vida de tal aventura?...

[84] Luego, en su tranquila existencia dentro del palacio de los Medina, siempre envuelto en una calma conventual invitadora a la pereza, se acordó de la excursión a Europa como de algo que era seguro, pero sin fijar nunca la fecha de su realización.

—Cuando vayamos a París... —decía frecuentemente.

Luego pensó que no podría ir a París hasta que su hijo tuviese más años.

Y de repente surgía la necesidad imperiosa de tal viaje con la llegada de varios cablegramas. Don Esteban Medina iba a morir. Tal vez habría muerto ya cuando su hijo llegase a París.

La Malinche no pudo acompañar a Hernando. El niño estaba enfermo en aquel momento.

—Iré más adelante —dijo sin mostrar contrariedad.

Y él quiso consolarla por este sacrificio, prometiendo una ausencia breve.

—Serán dos meses cuando más. Inmediatamente vuelvo. Desde que os tengo a los dos, ¡me interesan tan poco las cosas de Europa!...

Pero el viaje se prolongó once meses. Lupe, leyendo las cartas de su marido, experimentó finalmente una sensación igual a la que le advertía en sus tiempos de amazona la invisible presencia del enemigo.

Se acordaba también del noviazgo a través de la reja, allá en Guadalajara, cuando decía a Hernando con un tono gracioso de amenaza:

—¡Que te pille alguna vez siendo infiel y verás lo que es bueno!...

Ahora, la maternidad la había hecho más acomodaticia, menos arrogante. Y fue con un amor sumiso de esposa a la antigua como abrazó a Hernando, dentro de un automóvil, junto a la estación del ferrocarril, a las tres de la madrugada, murmurando entre besos de renovación nupcial:

—¡Oh, al fin!... ¡Al fin vuelves, mi viejo!